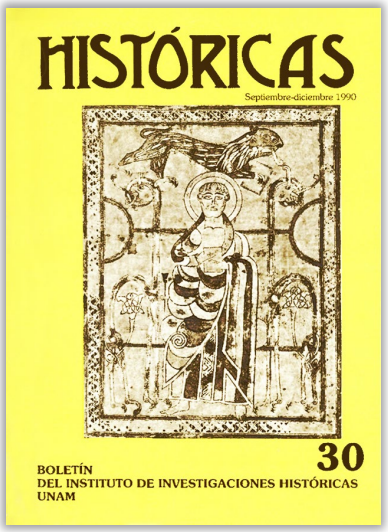


Revista: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas
Año: 1990
Número: 30
ISSN edición impresa: 0187-182X [Versión impresa]
ISBN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Históricas. Boletín de Información del Instituto de Investigaciones Históricas, 30 (1990). http://hdl.handle.net/20.500.12525/3457

D.R. © 2024. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es)"

Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución**: debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

REPOSITORIO INSTITUCIONAL HISTÓRICAS UNAM

HISTÓRICAS

Septiembre-diciembre 1990

30

BOLETÍN
DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNAM

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

Gisela von Wobeser
Directora

Martha Loyo
Secretaria Académica

Investigadores

Carlos Bosch García
Johanna Broda
Rosa de Lourdes Camelo
Víctor M. Castillo Farreras
María José García Quintana
Amaya Garritz Ruiz
Virginia Guedea
Lino Gómez Canedo
Martín González de la Vara
Miguel León-Portilla
Janet Long Solís
Teresa Lozano Armendares
Carlos Mártínez Marín
Álvaro Matute Aguirre
José Luis Mirafuentes
Roberto Moreno de los Arcos
Josefina Muriel
Edmundo O'Gorman
Juan A. Ortega y Medina
Sergio Ortega Noriega
Ignacio del Río
Rubén Romero Galván
Marcela Terrazas
Ernesto de la Torre Villar
Carmen Vázquez Mantecón
Silvestre Villegas Revueltas
Carmen Yuste

Técnicos académicos

Rosalba Alcaraz Cienfuegos
Guadalupe Borgonio Gaspar
Cristina Carbó
Javier Manríquez
Patricia Osante Carreras
Ricardo Sánchez Flores
Juan Domingo Vidargas

Marianela Heredia Abarca
Coordinadora de Biblioteca

Ramón Luna
Asesor Editorial

María Rosa Martínez
Secretaria Administrativa

HISTÓRICAS 30

BOLETÍN DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS, UNAM

Septiembre-diciembre 1990 **ISSN 0187-182x**

Gisela von Wobeser
Directora

Cristina Carbó
Editora

Índice

Informe Anual de Labores 3

Artículos

Carlos Pereyra y Ramón Iglesia. Dos visiones de la historiografía colombina por Rosa Camelo 11

Imágenes de Irlanda, 1170-1600. Los orígenes del imperialismo inglés por John Gillinghan, traducción de Juan A. Ortega y Medina 16

Trabajos en curso

Geografía e historia en tres obras alemanas del siglo XIX sobre México por José E. Covarrubias V. 29

Noticias

Josefina Muriel, investigadora emérita 33

Autobiografía y Revolución en México: José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán 35

VIII Reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos 37

Juan A. Ortega y Medina, premio Universidad Nacional 38

Recordando al maestro Juan A. Ortega y Medina 39

Oxford 3 40

Reseñas

Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila* por Andrea Revueltas 42

Publicaciones

Publicaciones del IIH 49

Biblioteca 52

Para este número se utilizan ilustraciones de *Irish Art in the Early Christian Period (to 800 A.D.)*, *Crónica de las artes plásticas en los años de López Velarde, 1914-1921* y *History Today*.

Instituto de Investigaciones Históricas
Informe Anual de Labores
Julio 1989 - Septiembre 1990

I. Personal académico

1. *Datos estadísticos*

En julio de 1989 el Instituto contaba con 39 miembros del personal académico, 31 investigadores y 8 técnicos académicos. Desde entonces a la fecha concluyeron sus contratos, por diversos motivos, 3 investigadores y un técnico académico. Se sumaron una investigadora del Centro de Investigaciones Mayas que pidió un cambio de adscripción temporal al Instituto, otra de la Facultad de Ciencias Políticas que ha solicitado su cambio definitivo y la maestra Martha Loyo, quien se incorporó recientemente como secretaria académica, lo que da un total de 38 personas.

Con el fin de mejorar la situación de los académicos, se sometió una plaza a concurso abierto y fue ganada por un miembro del instituto; 8 miembros del personal tuvieron promociones y 4 recibieron su definitividad.

2. *Superación académica*

Estuvieron inscritos en cursos de superación académica 4 investigadores y un técnico académico. Se doctoraron 2 investigadores y un técnico presentó su examen de licenciatura.

3. *Distinciones*

Varios de nuestros investigadores recibieron distinciones. El doctor Carlos Bosch ingresó como miembro de número de la Academia Mexicana de la Historia y obtuvo la medalla que la UNAM otorgó a sus eméritos del exilio español en México.

Esta misma presea la obtuvo el doctor Juan Antonio Ortega y Medina, quien, además, recibió un homenaje de la Universidad Autónoma Metropolitana, por su labor docente a lo largo de muchos años.

El maestro Ignacio del Río fue merecedor del premio que otorga el Comité Mexicano de Ciencias Históricas al mejor artículo en historia publicado durante 1988.

Al doctor Miguel León-Portilla le fueron otorgados dos doctorados *honoris causa*, uno por la Universidad de Toulouse, en Francia, y el otro por la Universidad Autónoma de Baja California, en Tijuana.

El maestro Carlos Martínez Marín recibió un reconocimiento de sus alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, por su labor docente y por haber sido el fundador de la especialidad de Etnohistoria en dicha institución. Por su parte, el doctor Edmundo O' Gorman recibió un homenaje por su actividad docente en la Universidad Iberoamericana.

4. *Áreas de investigación*

Los investigadores desarrollaron actividades principalmente en las áreas de historia de México prehispánico, colonial y del siglo XIX. Los trabajos sobre el México contemporáneo han sido escasos, ya que sólo contamos con un especialista en historia mexicana del siglo XX. Con el fin de reforzar esta área, actualmente está en proceso un concurso abierto de oposición para una plaza de investigador.

Dentro de estas grandes áreas de trabajo se abordan diferentes campos, tales como la historia política, la historia económica, la historia social, la historia de las ideas, la historia agraria, la historia regional, la historia diplomática y la historia de la mujer, entre otros.

De acuerdo con una larga tradición de nuestro instituto, hemos proseguido la edición de fuentes. Dichas ediciones requieren una introducción, anotaciones y un aparato crítico para facilitar su consulta, y algunas necesitan ser transcritas o traducidas.

Los instrumentos de trabajo, enfoques y metodologías son muy variados y están presentes diferentes corrientes de interpretación histórica.

5. *Grupos de trabajo*

Catorce investigadores participan en grupos de trabajo y seminarios, lo cual es muestra de una tendencia creciente en este sentido. Entre los grupos de trabajo que funcionan regularmente en el instituto cabe mencionar el *Seminario de Historia del Norte de México*, el *Taller de Traducción y Estudio de Textos Nahuas* y el *Seminario de Rebeliones y Revoluciones en México*. Además, en abril de este año se creó el *Seminario de Pictografías*, cuya finalidad es analizar las pictografías u otros vestigios gráficos de la época prehispánica y colonial. En estos grupos de trabajo y seminarios participan

también investigadores de otras instituciones y dependencias de la UNAM, becarios y estudiantes.

Asimismo, algunos de nuestros investigadores forman parte de grupos de trabajo adscritos a otras instituciones o dependencias de la UNAM, tales como el *Seminario de Crédito y Finanzas* de El Colegio de México, el *Seminario de Religiones* del Centro de Estudios Mayas de la UNAM, el *Taller del Templo Mayor* y el *Seminario de Historia de las Mentalidades* del INAH.

6. *Técnicos académicos*

Los siete técnicos académicos del Instituto trabajan en el departamento editorial y se dedican a la preparación de originales, corrección de pruebas y otras actividades editoriales, entre ellas la edición de nuestras revistas y del boletín *Históricas*.

Ahora estamos haciendo las gestiones necesarias para incorporar a un técnico académico con el fin de que nos auxilie en el área de cómputo.

7. *Evaluación*

A raíz del *Progama de estímulos a la productividad del personal académico*, el Consejo Interno del Instituto estableció una serie de criterios para evaluar el trabajo de los investigadores y técnicos académicos. La mayoría de los miembros del Instituto presentó su solicitud para ingresar a dicho programa y el Consejo Interno, ampliado con dos miembros de la Comisión Dictaminadora del Instituto, realizó las evaluaciones.

II. Producción en investigación

1. *Proyectos de investigación*

En 1989 se continuaron 75 proyectos que se encontraban en proceso y se iniciaron 34 nuevos, lo que da un total de 109. De estos proyectos, 23 fueron en coautoría o colectivos y agruparon a investigadores de la dependencia y de otras instituciones o dependencias de la UNAM. Durante el año que abarca este informe se concluyeron 18 proyectos.

Actualmente están en curso 91 proyectos del año pasado y se han iniciado 11 adicionales, lo que da un total de 102. Entre estos proyectos se cuentan algunos de larga o mediana duración, como los libros o los artículos. Las reseñas de libros o las ponencias para congresos se programan para un plazo corto.

2. *Trabajos concluidos*

Los investigadores concluyeron en 1989 11 libros (2 publicados y 9 en proceso de edición). Hubo asimismo 4 ediciones de fuentes (que incluyen notas, índices, estudios críticos, y en algunos casos traducción y paleografía).

Asimismo, se produjeron 51 artículos y capítulos de libros, 17 reseñas, 1 traducción, 2 prólogos y 2 reediciones de libros.

III. Publicaciones

1. *Libros*

Entre julio de 1989 y septiembre de 1990 se han publicado 8 libros:

Historia general de la Antigua California de Miguel León-Portilla, *Geografía histórica de la Nueva España* de Peter Gerhard, *Vasconcelos. Los años del águila* de Claude Fell, *Historia general de América Septentrional* de Lorenzo Boturini, *Los movimientos populares de 1766-1767* de Felipe Castro, *A la diestra mano de las Indias* de Ignacio del Río, *La polarización regalista de la Nueva España* de Carlos Bosch García e *Historia de la fiebre amarilla* de François Delaporte. Este último en coedición con el CEMCA.

Asimismo, se publicaron dos libros de fuentes sobre las rebeliones en la época colonial: *Informe sobre rebeliones populares de 1766-1767* y *Movimientos de resistencia y rebeliones*, compilados por Felipe Castro y José Luis Mirafuentes, respectivamente, y se reeditaron los libros de Alfredo López Austin, *Hombre-Dios* y *La polémica del Darwinismo en México* de Roberto Moreno de los Arcos.

2. *Publicaciones periódicas*

Salieron los números 25 al 28 del boletín *Históricas*, el 19 de *Estudios de cultura náhuatl*, el 11 de *Tlalocan* y el 12 de *Historia moderna y contemporánea*.

IV. Docencia y formación de personal académico

1. *Docencia*

El 60% de los investigadores participó en la docencia. Diecisiete investigadores dieron un total de 26 cursos: 11 a nivel de posgrado, 14 de licenciatura y 1 en la preparatoria. 21 de estos cursos fueron impartidos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, lo que confirma la tradicional vinculación del Instituto con esa Facultad.

Algunos investigadores proporcionaron asesoría para la reforma de los planes de estudio de la Escuela Nacional Preparatoria y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

2. *Dirección de tesis y asesorías a proyectos de investigación*

Durante 1989, 12 investigadores dirigieron un total de 58 tesis, en su gran mayoría de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. De estas

tesis, 11 fueron concluidas el año pasado. La mayoría de los investigadores participó en el asesoramiento de proyectos de investigación histórica, que se llevan a cabo en otras instituciones de la UNAM, del país y del extranjero. Ejemplos de este tipo de actividades son las asesorías que se dan al *Seminario de Historia de las Mentalidades* del Instituto Nacional de Antropología e Historia y al *Seminario de Investigación de Historia de la Medicina en el siglo XVI* de la Sociedad Mexicana de Historia de la Medicina y la Facultad de Medicina de la UNAM.

3. *Becarios*

El Instituto tenía 5 becarios. En la última promoción se dio uno de baja e ingresaron 4 más, de manera que a partir del próximo mes habrá 8 becarios.

Cada becario está adscrito al proyecto de un investigador, quien a su vez funge como tutor.

Es importante que en el futuro apoyemos el programa de becarios con el fin de reforzar la formación de personal académico.

4. *Alumnos de servicio social*

Hasta la fecha el Instituto de Investigaciones Históricas no ha contado con un programa amplio para los alumnos de servicio social.

En una promoción que hicimos recientemente para invitar a los alumnos a trabajar en nuestra biblioteca se presentaron 4 estudiantes, que empezarán a laborar el mes próximo. Sin embargo, esto es apenas un modesto comienzo y este renglón debe mejorar en el futuro.

V. Actividades académicas

1. *Primeras Jornadas de Comunicación Académica*

Entre las actividades académicas internas debe destacarse la realización de las *Primeras Jornadas de Comunicación Académica*, organizadas por el personal académico con el fin de presentar, dar a conocer y discutir dentro de la comunidad los proyectos de investigación y las actividades académicas que realizan sus miembros.

2. *Conferencias, mesas redondas y presentación de libros*

Los académicos del Instituto participaron en 20 presentaciones de libros y en 14 mesas redondas e impartieron 54 conferencias. Además hicieron 10

entrevistas en periódicos, radioemisoras y canales de televisión, entre otras acciones. Estas actividades se realizaron tanto dentro como fuera del Instituto.

En el Instituto se llevó a cabo, durante los meses de enero a marzo del presente año, el ciclo de conferencias *El historiador frente a la historia*, con la participación de distinguidos historiadores. Dicho evento tuvo una asistencia muy nutrida, principalmente de jóvenes estudiantes.

El Instituto organizó, además, seis conferencias, una mesa redonda y cuatro presentaciones de libros, dos de ellas en colaboración con la Casa Universitaria del Libro.

3. *Congresos: participación y organización*

Los miembros del personal académico presentaron 43 ponencias en congresos y reuniones académicas. Puede afirmarse que la distribución de estas ponencias fue muy balanceada, puesto que 14 fueron presentadas en la ciudad de México, 14 en provincia y 15 en el extranjero. Además, los investigadores actuaron como organizadores, moderadores o presidentes de mesa en 6 ocasiones.

Por otra parte, el IIH se hizo cargo de la organización de 3 congresos internacionales, en colaboración con otras instituciones:

El *Segundo coloquio de historiadores mexicanos y soviéticos* se llevó a cabo del 26 al 28 de febrero, en nuestras instalaciones. Las instituciones coorganizadoras fueron el Comité Mexicano de Ciencias Históricas y la Dirección General del Acervo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

En la ciudad de Guadalajara se llevó a cabo del 17 al 19 de mayo un congreso en homenaje a François Chevalier, en el cual se abordó la temática *El mundo rural mexicano a través de los siglos*. Lo organizaron la Universidad de Guadalajara, el Centro de Estudios Mexicanos y Latinoamericanos y la Embajada de Francia en México.

El *Coloquio sobre precios de alimentos y manufacturas novohispanos* tuvo como sede a la ciudad de Villahermosa en Tabasco y se llevó a cabo los días 27 a 29 de junio. Fue organizado por el Comité Mexicano de Ciencias Históricas, El Colegio de México, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y el Gobierno de Tabasco.

4. *Divulgación*

Con objeto de difundir el conocimiento histórico entre el público en general se puso en marcha un programa de extensión académica, que consiste en impartir ciclos de conferencias a instituciones públicas y privadas o a grupos de personas interesados.

VI. Intercambio académico

1. *Convenios de colaboración*

El Instituto mantuvo convenios de colaboración con el Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC y con el Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas, en ambos casos para brindar apoyo económico, dar asesoría académica y hacer intercambio de publicaciones; con el Instituto de Investigaciones Filológicas, para la edición de la revista *Tlalocan*; con el Instituto de Geografía, para la elaboración del *Atlas nacional de México* en la parte histórica y la coedición de la serie de libros *Espacio y tiempo*; con la Universidad de California-MEXUS, para la coedición de la revista *Mexican Studies-Estudios Mexicanos*, del cual es editora asociada la doctora Virginia Guedea, investigadora del Instituto, y con el Centro Interuniversitario di Storia dell' America Latina (Italia) para la elaboración de un proyecto sobre la formación del estado en México.

Asimismo, se han mantenido vínculos estrechos con las demás instituciones mexicanas que se dedican a la investigación histórica, tales como El Colegio de México, el Instituto José María Luis Mora, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, entre muchas otras universidades y centros de investigación de la ciudad de México, del interior del país y del extranjero. Por último, es importante mencionar la participación del Instituto en la mesa directiva del Comité Mexicano de Ciencias Históricas, ya que la doctora Virginia Guedea fue secretaria del mismo durante los últimos 8 años.

VII. Biblioteca

La Biblioteca Rafael García Granados incrementó sus acervos, por compra, donación o intercambio, con 1174 volúmenes, correspondientes a 963 títulos. Nuestro acervo aumentó a 35000 volúmenes aproximadamente. Un gran logro fue la suscripción a 27 revistas nuevas, lo que da un total de 51 revistas a las que estamos suscritos.

VIII. Cómputo

La sección de cómputo del Instituto ha crecido, aunque todavía está lejos de cubrir una demanda que ya es amplia y tiende a aumentar rápidamente. Ahora más de la mitad de los investigadores prepara sus trabajos en computadora y se tiene la intención de emplear la computación en el proceso de edición de nuestras publicaciones.

Actualmente se cuenta con 6 microcomputadoras para la investigación y tres para servicios (secretaría académica, secretaría administrativa y biblioteca), con sus respectivas impresoras.

Con el fin de mejorar el funcionamiento de la Biblioteca, se iniciará en las próximas semanas un programa de cómputo que ofrece la Dirección General de Bibliotecas. Dicha dependencia nos va a proporcionar la asesoría y el equipo necesarios.

IX. La distribución de las publicaciones

Las ventas de libros en la librería del Instituto aumentaron el 66% en relación al año anterior. Con el fin de mejorar la circulación de las publicaciones, participamos en la *Feria del Libro de Antropología e Historia*, realizada por el INAH en las ciudades de México y Tijuana; en una *Semana del Libro de Antropología e Historia*, llevada a cabo junto con el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM en la Casa Universitaria del Libro, y en la *Feria Nacional del Libro de la UNAM*, en Ciudad Universitaria.

A pesar de estos avances, la circulación de nuestros libros es demasiado lenta y limitada, de manera que se impulsará este renglón en el futuro inmediato.

* * *

Por último, es necesario resaltar que las actividades a las que me he referido en este informe sólo han sido posibles gracias al trabajo y dedicación del personal administrativo. A ellos quiero expresar, en mi nombre y en el de todos los académicos, nuestro agradecimiento. En particular, quiero reconocer la labor de María Rosa Martínez y de Armando Olivera, que con gran entusiasmo y dedicación están al frente de la Secretaría Administrativa.

Asimismo, debo reconocer el trabajo realizado en la Secretaría Académica. En particular, quiero felicitar al maestro Felipe Castro, quien fue nuestro secretario académico durante el tiempo que cubre este informe, por su trabajo eficiente, sentido de responsabilidad y solidaridad. Su apoyo y valiosos consejos en todo momento fueron una ayuda invaluable.

Finalmente, quiero expresar que los logros a los que me he referido en este informe se deben al esfuerzo de todos los académicos de este Instituto. A ellos quiero agradecer el apoyo que me han brindado y el entusiasmo con el cual emprenden cada día su trabajo. A todos muchas gracias.

Gisela von Wobeser
directora
Instituto de Investigaciones Históricas

Artículos

Carlos Pereyra y Ramón Iglesia. Dos visiones de la historiografía colombina

*Rosa Camelo.**

La historiografía de los últimos años del siglo XIX y de los primeros del XX tuvo como uno de sus temas predilectos el estudio de Cristóbal Colón y del descubrimiento de América. La rebusca de documentos, las discusiones sobre el lugar de nacimiento del navegante, sobre sus conocimientos, su relación con Vespucio, el valor de sus colaboradores, sus amores, etcétera, llegaron a extremos de bizantinismo y de detalle que nos producen una cierta reacción de incredulidad ante las disputas que se originaron, si no fuera porque en la actualidad y, ante la cercanía del 92, comienzan a renacer algunas de estas voces que creíamos se habían perdido en el pasado.

Por otra parte, el hecho *descubrimiento* y el personaje *Colón*, en estrecha relación, produjeron una identificación entre ambos que impedía concebir otras maneras de revisión histórica de ese importante momento del pasado de la humanidad.

Algunas voces se levantaron en contra de estas visiones históricas y buscaron otros enfoques para estudiar a Colón y al descubrimiento. Entre ellas se encuentran las de Carlos Pereyra y Ramón Iglesia quienes, por los años 20, pretendieron escapar de la erudición ociosa y trataron de presentar al hombre.

Uno, Carlos Pereyra, al hombre que la figura del personaje principal ocultaba con sus glorias, vicisitudes y polémicas, al participante desplazado e ignorado por aquellos que identificaban a Colón con el descubrimiento; al colaborador, al marinero anónimo. El otro, Ramón Iglesia, al individuo, con sus debilidades y fortalezas que había sido escamoteado y ocultado, desde muy temprano, por los trajes del sabio, del iluminado, del santo.

Ninguno de los dos dedicó una obra voluminosa a esto. Pereyra lo hizo dentro de una parte, la primera, de su *Historia de América*, publicada en

* Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

1920.[1] Iglesia, en un artículo que vio la luz en *Revista de Occidente* en el año de 1930, al que llamó, para no dejar dudas sobre su intención, *El hombre Colón*.[2]

Carlos Pereyra, en su *Historia de América*, expone que la finalidad de su obra es de vulgarización, que pretende lograr los fines propios de una

1 Carlos Pereyra, *Historia de América española. Descubrimiento y exploración del Nuevo Mundo*, Madrid, Ed. Saturnino Calleja, [1920].

2 Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 273 p., p. 67-89.

labor educativa, la claridad y el método, pero también pretende hacer una aportación "no de verdades nuevas pero sí de verdades ignoradas por la generalidad".

Los trabajos más amplios y conocidos, nos dice, son de autores extranjeros. Los españoles han hecho aportaciones en el campo limitado de la monografía dejando, a los primeros, el estudio comprensivo de la historia del descubrimiento. "Esta deficiencia histórica de obras en español sobre el cuadro del descubrimiento de América es debida tal vez a un concepto erróneo que limita el acontecimiento a la obra personal de un solo individuo o, a lo sumo, a una serie de viajes marítimos", pero él va a destacar "la figura estoica del marino español y del labriego español, del héroe anónimo, que es, en realidad, el autor de todo este movimiento de expansión. En el ambiente de la historia de los nombres propios, saturado de mentiras consagradas como necedades, sentimos el potente aleteo de águila de los olvidados fundadores de naciones nuevas. Suya es nuestra sangre y en el orgullo de la filiación encontramos tal vez, una fuerza que nos da la evidencia de la verdad histórica", de esa Historia de la que ha dicho un poco antes que es "presencia de almas, no simple rememoración externa de hechos materiales"[3] para explicar posteriormente cuál es a su juicio la razón que lo llevó a buscar exponer una novedad que otros más sabios y eruditos no supieron ver porque se detuvieron en lo exterior y se dejaron llevar por sus prejuicios. "Y he aquí por qué, a pesar de las deficiencias de este trabajo, a pesar de su articulación imperfecta, el autor puede pretender con justicia haber visto lo que otros ignoran, y acertar donde los maestros han errado. Tal vez haya conseguido levantarse sobre las divinizaciones de la tradición literaria y sobre las parcialidades hostiles a todo lo español, llegando hasta la comprensión exacta de una grandeza ignorada o negada por los conductores y monopolizadores de la opinión histórica que nos viene de fuera..."

Para Pereyra está muy claro que fue Colón quien abrió la ruta, y que ése es su mérito, pero que nunca fue un explorador. La prueba en favor de su aserto es que todas sus expediciones quedaron truncas; debido a su carácter fantasioso "suplía el trabajo ímprobo de la investigación geográfica con lirismos. Siempre hallaba razones para desviarse de la ruta, interrumpirla o no emprenderla. La historia del descubrimiento de América... deberá comprender una relación continua de las exploraciones geográficas... desde el primer viaje de Colón hasta que la cartografía española obtuvo la delineación general de las dos masas continentales".[4] Para nuestro autor el descubrimiento es un largo proceso en el que tomaron parte muchos hombres, es una obra colectiva de la cual Colón fue el disparador. En este proceso la figura del explorador, el más importante, en tanto que fue quien

[3] Pereyra, *op.cit.*, p. 8-9.
[4] *Ibid.*, p. 8.

dio las nociones de la geografía y en tanto que fue el autor del hecho científico, fue ocultada por el brillo de la acción militar, por la figura del conquistador.

Al situarse en esta perspectiva la acción española en América se ilumina con otras luces, y la figura de Colón se podrá ver en su verdadera dimensión. Como ya se ha dicho antes, fue aquél a quien se debió el primer impulso, pero como explorador era muy inferior a otros que han sido ignorados. Colón era un hombre que miraba alternativamente hacia lo real y hacia lo imaginario; para él, las tierras por las que iba eran las de Marco Polo, no el mundo objetivo que era su descubrimiento real; era un poeta de la naturaleza que supo encender con su prosa la imaginación de la reina y lograr así su apoyo, pero como navegante, era un diletante que no supo jamás conducir correctamente una expedición, ni antes, ni después de su descubrimiento. Sin la terquedad de Colón no se habría iniciado el viaje, pero sin la colaboración de los marinos españoles no se habría podido efectuar y mucho menos llevar a feliz término.

Pereyra no trata de negar la acción colombina sino de mostrarla en su verdadera dimensión, como la acción de alguien que abrió un mundo al conocimiento y una ruta a la navegación que hizo posible el desbordamiento de un pueblo que a partir de su acto mostró su vigor. Trata de terminar con la historiografía que ha presentado falsamente la figura de un gran navegante que oculta la de sus compañeros y seguidores. Trata también, por otra parte, de probar que el descubrimiento no duró el tiempo del primer viaje, sino que se prolongó durante todo el siglo XVI. Con esta perspectiva Colón y los marinos españoles, representantes del anónimo y valeroso hombre del pueblo podrán ocupar el lugar que en justicia les pertenece.

Ramón Iglesia, por su parte, se rebeló contra una forma de hacer historia. La erudición inútil, el pintoresquismo, la falta de imaginación han puesto su mano en toda la historia despojándola de su verdadero sentido, el conocimiento del hombre. Un ejemplo notable de esto es la historia de Colón, figura totalmente oculta tras la de descubridor de América. La historia tiene otras opciones y él, en su artículo, va a tratar de presentar una de ellas. Librándose de la erudición y con el apoyo de unos cuantos documentos, básicamente el *Diario*, va a revelar al hombre Colón.

El *Diario* lo desespera por su pobreza y laconismo. Procurando no perder de vista la realidad histórica de cada momento busca dotar de vida al colombino haciendo relaciones con el presente, pero no consigue ver más que a un hombre simple, avaricioso y poco perceptivo. Iglesia considera que debería reflejarse la importancia de lo encontrado en una mayor riqueza descriptiva del escrito, en el gozo del detalle. En este punto, nuestro autor se aparta de la realidad histórica del momento que vivió Colón y se deja llevar por su conocimiento de aquello que Colón no vio jamás con claridad. Le pide el entusiasmo de aquel que sabe que ha hecho un descubrimiento

único. Le parece poca la reacción que el documento exhibe y el hombre Colón se le muestra avaro, no sólo por su obsesión por el oro sino por lo poco que de sí le permite encontrar. El poeta de Humboldt, el gran místico, el naturalista, son sólo visiones producto de la ilusión que la devota admiración de los historiadores que construyen castillos de niebla y arena han trasmitido.

Colón es tenaz, enérgico, duro, seco, nada emotivo, egoísta, dominado por su espíritu de comerciante que lo lleva a hacer de sus descripciones un folleto de propaganda dirigido a los reyes. La tan traída religiosidad es secundaria, ella y muchas cosas más sólo existen en la miopía espiritual de los eruditos o en la hipercrítica y bizantinismo intelectual de los historiadores de su momento.

Despojada de un ropaje con que se la vistió a través del tiempo, la figura de Colón se reduce a la de "un buscador de oro que en medio de los horrores del último viaje tiene fuerza para gritar, el oro es excelentísimo..."[5]

"...A mi actitud la llamarán de censura, cuando es sólo deseo de ver claro"[6] dice Iglesia en su artículo y, en efecto, está tratando de ver claro, no sólo a la figura de Colón, sino a la de Clío revestida también con trajes indeseables de los que también pretende desnudarla. Los estudios sobre Colón son el ejemplo más claro del tipo de historia que él no quiere hacer, la que oculta en vez de aclarar, porque siempre será más hermosa la visión de un hombre, por mezquino que sea, que la suma de falsedades que a fin de cuentas lo despojan de su humanidad.

Dos investigadores buscaron para la historiografía colombina una instancia renovadora, uno, reinterpretando lo hecho por otros para mostrar una visión favorable a España y a su pueblo, respuesta a tantas desfavorables que presentaban las obras más conocidas de su tiempo. El otro, proponiendo una nueva forma de acercarse a la historia, en la que el hombre, objeto de su estudio, se muestre a quienes lo investiguen en el pleno ejercicio de su libertad.

[5] Iglesia, *op.cit.*, p. 89.
[6] *Ibid.*, p. 80.

Imágenes de Irlanda, 1170-1600. Los orígenes del imperialismo inglés*

John Gillinghan

Introducción

Después de la conversión al cristianismo del imperio romano a partir de Constantino (312)[1] se emprendió la evangelización de todo el imperio y el nuevo credo se convirtió en la religión del estado. Invadido el imperio por los bárbaros nórdicos, a la disolución política siguió una reconstrucción civilizadora y espiritual, religiosa, fundada en la conversión del paganismo primitivo de estas tribus y clanes a la nueva religión de Cristo, obrando los evangelizadores más que sobre la masa sobre los jefes y caudillos, los cuales, una vez convertidos, presionaban sobre las gens para la conversión de éstas. Germanos y celtas (galos o galeses) abandonaron sus creencias panteístas y aceptaron la nueva religión.

En la gran isla británica, la verde Erín de los romances y consejas, San Patricio no sólo evangelizó a los habitantes sino fundó una iglesia cristiano-céltica que brilló con luz propia durante siglos, y hasta la fecha, pese a las vicisitudes históricas, sigue siendo el sustento espiritual y nacionalista de los actuales irlandeses insulares y de los transterrados a los Estados Unidos, quienes se aferran a sus creencias católicas tradicionales y constituyen dentro del protestantismo múltiple y generalizado de Estados Unidos un bastión defensivo del catolicismo.

La Hibernia romana estaba formada por escotos (pueblo celtagadhélico) de religión pagana (druismo); eran rudos, pero no salvajes. El cristianismo se introdujo en Inglaterra (Britania) en el siglo IV bajo el papado de Celestino I, quien envió al diácono Paladio (430); posteriormente al evangelizador bretón Patricio, consagrado como obispo, el cual convirtió a toda Irlanda. Durante los siglos VI y VII la civilización

* *History today*, Londres, v. 37, febrero 1987. Traducido por Juan A. Ortega y Medina.

[1] En dicho año decretó el emperador la famosa paz, que lleva su nombre, en virtud de la cual fue reconocido el culto cristiano, que se generalizó por todo el imperio, a la par que la idolatría fue debilitándose hasta el punto de quedar limitada solamente a algunos patricios y a los habitantes de aldeas lejanas (*pagani*) a fines del siglo.

cristiana alcanzó en Irlanda un alto grado de florecimiento. La iglesia irlandesa difería algo de la continental (europea cristiana, bajo el mandato espiritual de la Roma pontificia) en la tonsura y en fechas distintas para ciertas celebraciones eclesiásticas; tal vez, asimismo, estaba contagiada levemente de pelagianismo, pero se mantenía obediente a la autoridad de Roma. En el 795 de nuestra era sufrieron los católicos irlandeses la invasión danesa y el subsecuente dominio danés, pero esto no debilitó su fidelidad cristiana.

En el año de 1155 el papa Adriano IV le otorgó en feudo al rey inglés Enrique II toda la isla, y el 11 de noviembre entraron las tropas inglesas en Dublín y proclamaron al rey inglés Señor de Irlanda. Se introdujo el feudalismo y quedó abolida la constitución irlandesa. Se intentó reformar por la fuerza los antiguos ritos y ceremonias e introducir la nueva liturgia. Era la primera vez en la historia de la cristianidad que se organizaba una cruel cruzada de nuevos cristianos contra viejos cristianos, a manera de justificación o de encubrimiento espiritual para las ambiciones e intereses mancomunados de Roma y de Londres.

Por considerarlo interesante hemos traducido el texto inglés que se refiere a la conquista de Irlanda y a los argumentos capciosos justificadores de la misma. Por desgracia no hubo allí ningún fray Montesinos ni padres Las Casas y Victoria condenadores de la violencia y el genocidio.

Juan A. Ortega y Medina

Implícita en el imperialismo del inglés se halla esa actitud mental que llevó a Lord Rosebery a declarar, en 1893, que era "responsabilidad nuestra ver que el mundo se hiciese tan anglosajón como fuera posible". Implícita es, asímismo, toda una serie de actividades en consonancia justamente con esa actitud; en particular, la expansión territorial justificada mediante la asunción de la superioridad cultural y moral sobre aquellos pueblos cuyas tierras fueron invadidas y conquistadas.

Hubo un tiempo en que se pensó, tal el caso del historiador J. R. Seely (*The Expansion of England,* 1833), que los proyectos de conquista y colonización en Norteamérica se planearon y comenzaron a realizarse durante los periodos históricos isabelino y estuardense. Pero en los últimos años transcurridos, historiadores como D. B. Quinn, A. L. Rowse y Nicholas Canny han intentado argumentar que los ingleses que proyectaron ir a América fueron hombres cuyas recientes experiencias propias se realizaron en Irlanda entre 1560 y 1570 —hombres como Humphrey Gilbert, Sir Richard Grenville y Ralph Lane— y que fue el intento de la reina Isabel de conquistar y colonizar Irlanda el que sirvió de modelo para subsecuentes aventuras atlánticas. En efecto, el programático subtítulo de Canny, *The Elizabethan Conquest of Ireland* (1976) constituye un modelo ya establecido.

Según A. L. Rowse, *The Expansion of Elizabethan England* (1955), la nueva eficiencia del estado renacentista condujo a un expansionismo en las áreas atrasadas de las fronteras célticas, primeramente, y después, allende

el océano, al Nuevo Mundo. En América, así se razona, tuvieron los ingleses que resolver problemas semejantes a los que habían confrontado en Irlanda. Su respuesta consistió en adoptar actitudes similares y soluciones iguales. Comenzaron en ambos lugares por reclamar que ellos tenían como misión civilizar a los nativos; pero pronto abandonaron la empresa y comenzaron a mover una salvaje guerra contra ellos. A la par de esta explicación, otros *scholars* han sostenido que el dominio inglés en Irlanda debería ser considerado no meramente como un primer paso hacia un imperio mundial más extenso, sino en sí mismo como un buen ejemplo del imperialismo inglés en funciones y operando durante un larguísimo periodo de tiempo. Ésta es la tesis de Michael Hechter en *Internal Colonialism* (1975). También para él esto es un suceso que comienza en el siglo XVI. En otras palabras, con la última generación el foco geográfico del asunto ha cambiado, pero su cronología no. El imperialismo inglés comienza entonces en Irlanda, pero aún se piensa que comenzó durante los siglos XVI y XVII, siglos que son convencionalmente considerados como los que marcan el inicio del mundo moderno.

Observar a los ingleses en Irlanda tiene de suyo bastante sentido. Fue una experiencia histórica que ayudó a configurar y endurecer actitudes. Pero aquellos que apuntan al blanco de la centuria décimosexta y la consideran como el comienzo de todo el proceso, se encuentran justamente un poco alejados del blanco, o dicho sea rudamente, se hallan alejados del blanco 400 años. La experiencia formativa no fue la política patrocinada por isabelinos en el año de 1560, sino la activa política promovida por Enrique II en fecha tan temprana como el año de 1170. Esto es crucialmente importante porque significa que semejantes actitudes imperiales están mucho más profundamente fijadas de lo que la gente percibe o cree. No fue precisamente en la era moderna en la que los ingleses decidieron que los irlandeses eran salvajes y deberían anglicizarse o ser exterminados: así habíanlo pensado hacía muchos siglos. Que esta verdad haya sido hasta ahora insuficientemente comprendida es muy por extenso la falta de los propios medievalistas, y la no menor en que incurren con su engañoso y erróneo hábito de calificar el ataque a Irlanda en el siglo XII como "la invasión normanda", cuando debería ser llamado, sin duda alguna, "la invasión inglesa".

El escritor que hizo más que cualquier otro para establecer el punto de vista general de los ingleses sobre Irlanda fue Geraldo de Gales (1146-1223). En 1186-87, durante una visita a Irlanda (formando parte del séquito del Príncipe Juan), escribió *The Topographie of Ireland*. En 1189 continuó este trabajo escribiendo *The Conquest of Ireland*. Ambos trabajos fueron populares a lo largo de la Edad Media, e incluso durante los siglos XVI y XVII se hicieron impresiones en el latín original y hasta en traducciones al inglés. En esencia, todo lo que en el siglo XVI creyeron los ingleses acerca de Irlanda

DONEGAL
DERRY
Bann
ANTRIM
L. Neagh
TYRONE
FERMANAGH
L. Erne
MONAGHAN
ARMAGH
DOWN
LEITRIM
SLIGO
MAYO
CAVAN
LOUTH
ROSCOMMON
LONGFORD
MEATH
L. Mask
L. Corrib
L. Ree
WESTMEATH
Boyne
GALWAY
Shannon
OFFALY
KILDARE
Liffey
DUBLIN
Aran
LEIX
WICKLOW
CLARE
L. Derg
TIPPERARY
KILKENNY
Barrow
CARLOW
WEXFORD
LIMERICK
Suir
WATERFORD
Blackwater
KERRY
CORK
0 50 miles
0 50 100 km.

puede ya encontrarse en las obras de Geraldo de Gales. Los ingleses del siglo XVI pensaron que Irlanda era un país potencialmente rico, habitado por nómadas pastores, hombres que estaban económicamente retrasados por ninguna otra razón que su indolencia. Así es precisamente como Geraldo los describe:

Utilizan mayormente sus campos como dehesas para sus ganados. Poco es cultivado e incluso menos sembrado. El problema aquí no es la calidad del suelo, sino más bien la falta de industria en aquellos que podrían cultivarlo. Esta pereza significa que las diferentes clases de minerales que ocultan las venas de la tierra, las cuales están plenas de ellos, no son trabajadas ni en modo alguno explotadas. No se dedican a la manufactura de lino o de lana, ni practican ningún arte mercantil o mecánico. Estas gentes, realmente bárbaras, se dedican únicamente a la ociosidad y a la pereza. Dependen para su alimentación de los animales y viven como animales.

Alusiones breves al estado de Irlanda hechas por otros escritores del siglo XII, tales como Guillermo de Malmesbury y Guillermo de Newburgh manifiestan claramente que Geraldo estaba tan sólo haciendo explícito un punto de vista convencional sobre la economía irlandesa.

Los ingleses de la centuria décimosexta pensaban que los irlandeses se veían y vestían como bárbaros. Así lo pensó, naturalmente, Geraldo de Gales: "Juzgados desde el punto de vista de las ideas modernas", escribió, "son hombres sin cultura, así en su atuendo como en su apariencia. Sus trajes son primitivos —usan una prenda de vestir que es una mezcla de calzón y calzado— y su cabello y barba sueltos son bárbaros". (Incidentalmente critica también a los irlandeses por no bañar con frecuencia a sus hijos.)

Empero, fue en la esfera de las costumbres maritales y sexuales donde los ingleses hallaron las pautas más repugnantes. Enfrentados a las leyes galas respecto al matrimonio y al divorcio, que eran muy diferentes de las suyas, respondieron con una desconcertante condenación de la inmoralidad irlandesa. "Seguramente", escribió Sir Henry Sidney (Lord Diputado de Irlanda, 1565-71 y 1575-78), "nunca hubo pueblo de mentes peores porque el matrimonio entre ellos no es más considerado que una conjunción entre bestias irracionales." En las palabras de Edmund Tremayne, secretario de Sidney, "son idólatras, no acostumbran casarse, roban y cometen todo tipo de abominaciones sin experimentar escrúpulos de conciencia". Compárese esto con lo que expresa Geraldo. "Éste es un pueblo sucio que se revuelca en el vicio. Practican gustosamente el incesto, por ejemplo, casándose —o más bien pervirtiéndose— con la esposa del hermano fallecido." El cronista Roger de Howden se refiere repetidas veces a la práctica irlandesa de la poligamia y el incesto. El arzobispo Anselmo de Canterbury acusaba a los irlandeses de canjear a sus esposas, "haciéndolo con la misma libertad con que otros hombres cambian sus caballos".

Las sorprendentes diferencias entre la ley familiar irlandesa y la práctica convencional en el resto de la Europa cristiana los llevó a dudar si los irlandeses eran verdaderamente cristianos. De acuerdo con Tremayne ellos "no eran papistas ni protestantes, sino más bien gente que no guardaba en su corazón ni el temor ni el amor a Dios". Un criterio semejante fue sustentado por Edmundo Spenser en *A View of the Present State of Ireland* (1596). "Son todos ellos papistas de profesión, pero tan ciega y brutalmente informados al mismo tiempo que antes bien se pensaría que son ateístas o infieles". Independientemente de la complicación protestante-papista, esto es justamente lo que Geraldo había dicho. "A pesar del hecho de que la fe ha sido establecida aquí desde el tiempo de Patrick, el pueblo todavía permanece ignorante de sus rudimentos básicos." El dogmático y terco conformador de la opinión europea que fue Bernardo de Clairvaux compendió todo aquel cúmulo de ideas cuando describió a los irlandeses como pueblo "sin vergüenza en sus costumbres, incivilizados en su comportamiento, impíos en religión, bárbaros en sus leyes, rebeldes en lo referente a la instrucción, locos en sus vidas: cristianos de nombre, de hecho paganos".

Lo que aquí tenemos, así en el siglo XII como en el XVI, es una ideología de conquista. Dado que los irlandeses eran bárbaros, de ello se colegía que podían ser legítimamente despojados. Tal solución se muestra explícita en la bula *Laudabiliter* (1155) en virtud de la cual el papa Adriano IV confería a Enrique II el dominio de Irlanda "a fin de que las impuras costumbres de ese país sean abolidas y las bárbaras naciones, cristianas sólo de nombre, puedan mediante vuestra solicitud asumir la belleza de los bienes morales". Otra función de la ideología de conquista en el siglo

XVI fue, como ha sido sugerido, dispensar a los ingleses invasores de todas las restricciones éticas normales. Si los pseudocristianos nativos resistían a los verdaderos cristianos invasores, estos últimos estaban por completo autorizados a desencadenar una feroz guerra contra aquéllos, olvidando las convenciones usuales de la guerra. De esta suerte, el panfletario Tomás Churchyard describió el método de dominación practicado por Humphrey Gilbert:

> Las cabezas de todos aquellos que habían sido muertos en aquellos días fueron cercenadas de los cuerpos y traídas al lugar donde él acampaba en la noche, y fueron colocadas en el suelo a cada lado del camino que conducía a su propia tienda, de suerte que nadie que se allegare a ella por cualquier motivo podría hacerlo salvo a lo largo de una calle de cabezas.

Como el lord diputado Fitzwilliam alegó en 1572 "...la ley que se les ha traído resultó ineficaz hasta que la espada no los domó completa y totalmente". Se ha reinvindicado que Fitzwilliam hablaba "por los jóvenes agresivos que habían sido influidos por las ideas del Renacimiento"; pero, en realidad, no había allí nada de nuevo, ni en la idea ni en la práctica. Durante el siglo XIII el gobierno inglés puso regularmente precio por cada cabeza de rebelde irlandés. En 1305 Piers Bermingham envió treinta cabezas del clan O'Connor a Dublín y fue recompensado con 100 libras. En una balada inglesa se le felicita por esta hazaña:

> Fue enemigo de los irlandeses
> Cabalgó por doquier
> Con esfuerzo para cazarlos
> Como perro que persigue a la liebre.

No es, por lo tanto, sorprendente en extremo encontrar en un alegato irlandés de 1317, que el inglés predicara que no era más pecado matar a un irlandés que dar muerte a un perro.

También se ha alegado que para el siglo XVI:

> Podemos afirmar con certeza que el antiguo criterio que consideraba al irlandés como un ente socialmente inferior al inglés fue reemplazado por la idea de que era antropológicamente inferior y se encontraba bastante detrás de este último en la escala del desarrollo. El mundo antiguo había carecido de sentido histórico y, por lo mismo, de un concepto de proceso social y evolución; pero el horizonte del articulado ciudadano de la Inglaterra del siglo XVI, ensanchado a la vez intelectual y geográficamente, poco a poco corroyó la idea tradicional de un mundo estático.

El mito del Renacimiento nos sacude de nuevo. Geraldo apunta qué:

> Los irlandeses no han progresado por cierto y se hallan estancados en sus primitivas constumbres y hábitos pastoriles. Porque mientras que el género humano progresa habitualmente de los bosques a los campos cultivados y después a asentamientos y comunidades de ciudadanos, esta gente desprecia trabajar la tierra, hace poco uso del dinero y de la manera de enriquecerse en las ciudades, y condena los derechos y privilegios de la vida civil.

Como el biógrafo de Geraldo de Gales observó: "Los conceptos que se encuentran tras este pasaje —la escala evolutiva de las variedades humanas y la continuación de supervivencias primitivas— no estaban fuera de lugar en el pensamiento antropológico del siglo XIX." Y esta suerte de ideas fueron tomadas como garantías por escritores como Guillermo de Newburgh, el cual observó que la estructura política de la contemporánea Irlanda (siglo XII),era muy semejante a la medieval de la Inglaterra anglosajona.

De acuerdo con esto, el hombre inglés de la centuria décimosegunda poseía, sin duda, un claro sentido de pertenecer a una sociedad más avanzada. En algunos aspectos, por ejemplo en lo referido a tecnología guerrera, los ingleses estaban indudablemente más adelantados. En las condiciones de vida de los irlandeses, la posesión por parte de los británicos de una caballería pesada era tal vez una dudosa ventaja; pero había otros medios que les daban una clara superioridad militar. Con el arco y con la ballesta poseían armas arrojadizas superiores a cualesquiera de las empleadas por los irlandeses. De esta suerte, los arqueros que iban a la guerra a lomos de caballo y desmontaban para pelear fueron de valor inestimable para los invasores. Por lo demás, ellos podían construir castillos roqueros y vestir armaduras efectivas en el cuerpo. Por ello, un poeta irlandés, lamentando en verso, en 1260, la muerte de Brian O'Neill en combate escribió:

> Se empeñaron en desigual batalla
> Los extranjeros y el Gael de Tara
> Finas camisas de lino lleva el pueblo de Conn
> Y los extranjeros son una masa de hierro.

No sólo era Inglaterra una sociedad más rica, sino que también estaba organizada para facilitar a sus gobernantes la explotación plena de los recursos. Además, como había observado Guillermo de Newburgh, Irlanda se encontraba aún en un estado de aguda fragmentación política. Inglaterra estaba unificada desde el siglo décimo y el rey inglés podía, en derecho, reunir fuerzas masivas e irresistibles en su apoyo. El ejército de invasión de Enrique II en 1171 era, para las normas de aquel tiempo y lugar, en verdad abrumadoramente grande, los combatientes sumaban más de 500 caballeros y 3 o 4 mil arqueros, pero es el respaldo logístico lo más impresionante. La máquina real se puso en movimiento y pocas ciudades y condados ingleses

escaparon a la red administrativa. La ciudad de Gloucester, por ejemplo, fue requerida para enviar 1,000 palas y 60,000 clavos, en tanto que la comarca hubo de proporcionar 2,000 picos y 1,000 palas. Enormes cantídades de grano, alubias, queso, tocino y otros alimentos fueron enviados de una parte a otra, incluyendo —dado que el rey pretendía continuar con su estilo de vida acostumbrado— no menos que 569 libras de almendras. En adición a esto, fue ordenada la cantidad de 1,000 libras de cera para sellar. Evidentemente, nada iba a interrumpir la maquinaria burocrática del estado inglés del siglo XII. Para transportar todo esto se necesitó una armada de no menos de 400 naves.

Empero, si Enrique II pudo montar una expedición a tal escala y obligar a los jefes irlandeses a someterse rápidamente ¿cómo fue que los reyes ingleses medievales fracasaron en completar la conquista de Irlanda? A causa, en parte, de que Irlanda era difícil de conquistar. La fragmentación política significaba que no había una autoridad central a la que los invasores pudieran atrapar. Cada región tenía que ser conquistada por separado y en un terreno quebrado, pantanoso y cubierto de montañas esto no resultaba una fácil tarea. Pero la razón principal es que los ingleses no se emplearon con gran rigor. Sólo rara vez el gobierno inglés se interesaba en Irlanda. Normalmente era la quinta empresa en su orden de prioridades, tras los asuntos domésticos, Francia, Escocia y Gales. Después de la invasión de Enrique II en 1171 y la expedición de Juan en 1210, ningún otro rey visitó Irlanda hasta Ricardo II, que lo hizo en 1394, y no se registra ninguna visita más entre 1399 y 1690. Ningún hijo de rey visitó Irlanda entre 1185 y 1361, y ningún otro después.

Pero señalar simplemente el desinterés real es supersimplificar una historia más complicada e interesante. A fines de la centuria doce y durante la trece hubo un considerabilísmo movimiento de pobladores ingleses a Irlanda y, hablando francamente, a lo largo de este periodo podemos observar una constante expansión del control inglés mediante la fundación de castillos y ciudades, la creación de condados y la introducción total de la panoplia administrativa inglesa: alguaciles mayores, jueces, jueces de paz, confiscadores y jueces distritales. Hacia el año 1300, quizás, algo así como dos tercios de Irlanda estaban bajo la administración inglesa y el señorío ejercido producía un razonable monto de ingresos a la corona inglesa. Entre 1278 y 1299 el ingreso neto proveniente de Irlanda, sin considerar los gastos locales, promediaba 6,000 libras anuales, equivalente *grosso modo* al 15 por ciento del ingreso total de la corona. Por estas fechas, Eduardo I intentaba además completar la conquista inglesa de Bretaña y empleaba los recursos irlandeses en la empresa. Irlanda contribuyó con unas 30,000 libras en los gastos para la construcción del círculo de grandes castillos con los que Eduardo I rodeó Snowdonia y durante sus guerras galesas hubo una regular corriente de abastecimientos embarcados en los puertos irlandeses para avituallar a los castillos y abastecer a los ejércitos. Después volvió el rey su

atención a Escocia y en 1296, 1301 y 1303 tres grandes expediciones salieron de Irlanda hacia Escocia.

Durante algún tiempo la tesorería irlandesa fue responsable en buena medida del avituallamiento del teatro occidental de la guerra ubicado en Carlisle. Pero el pueblo escocés siempre fue una piedra en el camino y, con la ascensión al trono de Eduardo II, la corriente de la guerra comenzó a presionar en opuesta dirección. En 1315 Roberto Bruce alcanzó su gran victoria en Bannockburn (1314) mediante el envío de su hermano Eduardo con un ejército para conquistar Irlanda. En efecto, en 1316 Eduardo Bruce fue coronado rey de Irlanda. Si el plan hubiese tenido éxito habría privado a los ingleses de los recursos irlandeses poniendo tales ingresos a disposición de los escoceses. Ciertamente, Eduardo Bruce podría haber llegado a ser rey a la vez en Escocia e Irlanda, puesto que hasta esta fecha Roberto no tenía hijos, y decidió, en abril de 1315, hacer a su hermano heredero del trono escocés. En Irlanda los Bruce consideraron a los irlandeses nativos como soporte contra los ingleses, apelando a su "linaje nacional común", a su "común lenguaje" y a su "derecho común". Puesto que en estos años esperaban también ayuda de los galeses, había en perspectiva algo así como una alianza pancéltica contra los ingleses. De todos modos, desde mayo de 1313 hasta la muerte en combate de Eduardo Bruce, en octubre de 1318, hubo un ejército escocés en actividad en Irlanda, que era una amenaza real

para la presencia de Inglaterra en la verde Erín. La futura forma política de todas las islas británicas estaba en juego.

Aunque por último Eduardo Bruce fue derrotado y muerto, estos años marcan un cambio decisivo. Desde este momento la independencia escocesa quedó asegurada y a partir de entonces una resurgencia irlandesa significaba que el dominio inglés llegaba a ser más y más limitado. En los siglos XIV y XV la corriente de tejos de oro y plata a través del mar de Irlanda cambió de dirección y el país drenó los recursos ingleses. Hacia finales de la centuria décimoquinta no había una eficiente autoridad gubernamental más allá de los límites.

A despecho de estos impedimentos, la actitud de los ingleses hacia los irlandeses permaneció sin cambio. Continuaron mirándolos como brutos y salvajes bárbaros. Los ingleses siguieron manteniendo un sentido bien desarrollado de su propia superioridad. Como (hacia 1500) escribió el embajador veneciano: "los ingleses son los mayores enamorados de sí mismos y de todo lo inglés. Piensan que no existen otros hombres dignos de consideración ni tampoco otra parte del mundo como la que ellos poseen". No es, por consiguiente, sorprendente que sus vecinos resientan esto. En la década de 1440 un escocés escribió: "La tiranía y crueldad de los ingleses son notorias en todas partes, como se muestra expresamente en sus usurpaciones a costa de los franceses, escoceses, galeses, irlandeses y gentes de otras tierras cercanas." Esta percepción de sí mismos fue en parte sostenida por su ciclo de éxitos frente a los franceses en la Guerra de los Cien Años. En 1390 el concejo de la ciudad de Danzig alegó que los ingleses deberían ser mantenidos fuera de las aguas del Báltico: "Si ellos lograsen poner un

pie en Prusia se quedarían con ella, como lo han hecho en la Gascuña de los franceses." Pero aunque contra los franceses los ingleses podían adoptar un talante orgulloso y agresivo, éste no era una actitud imperialista; no había de hecho un profundo desdén hacia Francia y los franceses. Cuando Enrique V conquistó Normandía fundó una universidad en Caen, que fue establecida para educar a estudiantes normandos. Pero ningún gobernante medieval inglés de Irlanda pensó nunca fundar una universidad para irlandeses: ellos eran salvajes. Las actitudes imperialistas fueron reservadas para los habitantes situados en los bordes de la "civilización" europea y más allá —"más allá de los límites".

En esencia la historia de los ingleses en Irlanda comienza con un periodo de expansión imperialista durante los siglos XII y XIII. Esta situación nos sugiere que lo que estaba ocurriendo en Bretaña era parte de un movimiento europeo más vasto: hacia el este, el germano *Drang nach Osten*, alimentado por una visión alemana de los eslavos como bárbaros, y en la región mediterránea los cruzados combatiendo a los infieles. Durante estos mismos siglos hubo una expansión comercial, especialmente del comercio italiano, hacia el Mediterráneo oriental, hacia el Mar Negro y después hacia Asia. Junto con los comerciantes iban los misioneros, predicando la doctrina cristiana y fundando iglesias, inclusive en lugares tan alejados como Pekín. En 1291 los hermanos de Vivaldi partieron de Génova en busca de una ruta marítima para llegar a la India. Este periodo de expansión europea fue asimismo de profundo desenvolvimiento intelectual y cultural —el llamado renacimiento del siglo XII. Las escuelas poliferaron y fue fundado el sistema europeo de universidades. Un mejoramiento general de la educación y alfabetización fue concertado con un conocimiento más amplio de la literatura clásica, que incluía en ella el concepto de bárbaro.

Fue también un periodo en que un programa radical de reforma en la iglesia —la reforma gregoriana— se impuso por casi todas partes de la cristiandad latina. Esto representó una aceptación general de nuevas normas que regían por igual la vida familiar de sacerdotes y laicos. Pero en Irlanda esto no llegó a ser decisivamente importante, el movimiento de reforma progresó poco. En los días previos a la reforma, la iglesia inglesa había mostrado una vigorosa estima por las realizaciones intelectuales y espirituales de la iglesia irlandesa. La visión de Beda sobre la Irlanda era claramente positiva y sus obras seguían siendo ampliamente leídas. Los días festivos dedicados a Patricio y Brígida se celebraban en todos los monasterios ingleses. Pero cuando los irlandeses resistieron, lo cual no hicieron los ingleses y escoceses, la presión para aceptar las nuevas normas en la iglesia y en la sociedad, fueron enjuiciados y considerados de poca calidad por hombres que estaban todos completamente seguros de su propia rectitud moral y dispuestos a condenar los valores de los que ellos ya no participaban. De esta suerte, por permanecer los irlandeses fieles a su antiguo sistema de

vida, llegaron a ser mirados como salvajes inmorales. La "isla de los santos" se transformó en la "isla de los bárbaros". Esto explica que las opiñiones de Geraldo de Gales sobre Irlanda llegaran a ser extraordinariamente influyentes, no porque estuviera diciendo algo completamente nuevo, sino porque él estaba otorgando precisión y profundidad a prejuicios que ya estaban en proceso de formación, y además porque él lo realizó así durante la etapa temprana de un prolongado periodo de contactos militares y políticos entre Inglaterra e Irlanda. En el siglo XII los galeses sufrieron el mismo aciago destino de los irlandeses, y esencialmente por la misma razón; pero la historia de Gales, muy diferente de la de Irlanda, significa que al fin y al cabo Gales se salvó. En la baja Edad Media los galeses, de modo distinto que los irlandeses, tuvieron la "buena fortuna" de anglicizarse gradualmente y de llegar así a ser considerados menos bárbaros.

Después de la expansión de los siglos XII y XIII se presentó, en los siglos XIV y XV, una pérdida de ímpetu, debida probablemente a la general y masiva declinación de la población en Europa después de la peste negra. A despecho de esta baja del ímpetu inicial, el historiador Verlinden ha argumentado que en términos de técnicas de expansión colonial existe una nítida línea de continuidad que enlaza la expansión marítima italiana de los siglos XII y XIII con la expansión mediterránea dirigida hacia el Atlántico en el siglo XV. Del mismo modo hay también una clara línea de continuidad que conecta la expansión inglesa en Irlanda de las centurias doce y trece con la posterior conquista de la isla durante los siglos XVI y XVII: encontramos las mismas técnicas, incluso la de fundar ciudades y establecer colonias de pobladores y la misma actitud de civilizado desprecio por la generación menos degradada carente de ley. Por consiguiente si buscamos el origen del imperialismo inglés deberíamos mirar a Irlanda y a los siglos XII y XIII.

Lecturas ulteriores

La mejor introducción al pensamiento político de Geraldo de Gales es la obra de Robert Bartlett, *Gerald of Wales, 1146-1223* (Oxford University Press, 1982). Algunas de las obras de Geraldo son asequibles en traducciones al inglés en Penguin Classics, particularmente *The Topography of Ireland*, en versión de J. J. O'Meara (Harmondsworth, 1982). También son útiles sus dos trabajos sobre Gales como instrumentos de comparación: *The Journey Through Wales* y *The Description of Wales*, en un volumen, traducidos por L. Thorpe (Harmondsworth, 1978). Sobre los ingleses en Irlanda véanse A.J. Otway-Ruthven, *A History of Medieval Ireland* (Ernest Benn, 2a. ed., 1980); J. F. Lydon, *The Lordship of Ireland in the Middle Ages* (Gill and Macmillan, 1972); James Lydon, ed., *The English in Medieval Ireland* (Royal Irish Academy, 1984) y Robin Frame, *Colonial Ireland 1169-1639* (Dublín, 1981).

Trabajos en curso

Geografía e historia en tres obras alemanas del siglo XIX sobre México.

En términos generales, el objeto de esta investigación ha sido el precisar algunos de los estímulos que la geografía humana recibió de cierto tipo de obras, actualmente consideradas parte de la extensa literatura de viajes del siglo XIX. Se trata de escritos que, tanto por su temática como por el interés que despertaron, tienen un lugar dentro de la historia del conocimiento geográfico —por lo que toca a ciencia natural y humana. La geografía humana, también llamada antropogeografía entre los alemanes, alcanzó el rango de ciencia reconocida en Europa a fines del siglo pasado —y, por cierto, no con la misma aceptación en Francia y Gran Bretaña que en Alemania. La voluminosa obra de Alejandro de Humboldt sobre América se encuentra incuestionablemente como el punto de partida del género a que se hace referencia; su efecto inspirador no puede ser discutido, si bien —como se verá líneas abajo— tampoco deben atribuírsele alcances exagerados, al menos para la corriente en cuestión. Como el historiador Hanno Beck ha puesto de relieve, el propio Humboldt tuvo claro que su amplia labor científica adquiría su sentido más pleno en la geografía física (término empleado por él mismo) y este programa científico inspiró todo su recorrido americano, pues lo había erigido en su meta desde antes de partir de Europa. Las obras sobre México de Eduard Mühlenpfordt, Carl Sartorius y Friedrich Ratzel, aparecidas respectivamente en 1844, 1852 y 1878, son ejemplos de lo que vino a denominarse *Landeskunde* en lengua alemana —término ya común en la segunda mitad del siglo pasado— y fueron útiles en el cuestionamiento sobre la continuidad entre la concepción geográfica general de Humboldt y la de las décadas siguientes (en contexto alemán), y también sobre el significado de estas obras "de viajeros" en la consolidación de la geografía humana o antropogeografía.

Los tres autores en cuestión señalan explícitamente la importancia del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, para sus propias creaciones. El *Intento de una fiel descripción de la República de México* (Hannover, 1844) de Mühlenpfordt es presentado en el propio subtítulo como una obra de geografía (así como también de etnografía y estadística). *México y los mexicanos*, como ha sido traducido el título de la obra de Carl Sartorius (México, San Ángel editores, 1971), fue dada a conocer originalmente en forma de conferencias para la sociedad de geografía de la ciudad en que se editó, Darmstadt (1852). Aún joven, Friedrich Ratzel —el célebre geógra-

fo— hizo publicar en Breslau su obra *Desde México* (*Aus Mexiko*), un texto que guarda la forma de un relato de viaje tradicional, pero a cargo de quien llegaría a convertirse en el más prestigiado representante de la antropogeografía alemana a la vuelta del siglo. Las tres obras tocan aspectos naturales y humanos; pero es digno de atención el hecho de que muestran cómo al paso del tiempo iba cobrando fuerza y expresión concreta el impulso a esclarecer la aportación de la geografía al cálculo político interestatal. Esta aportación, sin embargo, aparece todavía recubierta por consideraciones etnográficas de viejo cuño y muy comunes en el grueso de las obras de viaje de la centuria.

El *Ensayo...* de Humboldt, como se sabe, había encontrado gran audiencia; la gran edición francesa de 1811 fortaleció proyectos mineros y comerciales entre los europeos. Sus efectos, sostienen algunos historiadores de la geografía, fueron grandes también para la proliferación de seguidores en tareas científicas. Que las abundantes obras de esta *Landeskunde* decimonónica, de carácter marcadamente descriptivo y con frecuentes especulaciones propias de la época del romanticismo, señalen una prolongación del tipo de tratamiento geográfico humano presente en la obra americana de Humboldt, es un supuesto común en muchas de las historias de la geografía. Sin embargo, la continuidad aquí implicada es cuestionable en el caso mexicano. Ni en su forma de aproximamiento a las realidades humanas, ni en la de integrar el material de sus consideraciones geográficas, podría afirmarse una clara similitud entre el *Ensayo...* y las obras posteriores. Aquél estaba lleno de estadísticas y consideraciones de interés económico para las corrientes de la época. Por una parte, como lo ha dicho Ortega y Medina, este volumen cubría los requerimientos para interesar a los seguidores de Adam Smith, los doctrinarios de la solidaridad económica internacional, políticamente un partido que vigorosamente luchaba contra la política *tory* en Gran Bretaña. Como crítico de la sociedad novohispana, Humboldt no deja de advertir al declarado destinatario de la obra (Carlos IV de España) sobre las cargas que recaían sobre los indios y los demás integrantes de lo que sería el "tercer Estado" en Hispanoamérica. Pero, por lo que toca al carácter político de su obra, ésta parece continuar la filosofía de la cameralística alemana, fuertemente estatista: el Estado debe ver en la agricultura la mayor fuente de riqueza, tener en mente la distribución territorial de la población y disciplinar socialmente mediante la educación. La cameralística había tenido correspondencia con la geografía política que cobró fuerza en Alemania desde la mitad del siglo XVIII. Dentro de la gran obra humboldtiana sobre América, el *Ensayo...* parece ser el más acabado ejemplo del transfondo cameralístico —que no es el único— que explica la fuerte tendencia de su geografía política a entender las características naturales y culturales en función del Estado.

Las dos primeras obras analizadas, las de Mühlenpfordt y Sartorius, ponen en evidencia un tipo de aproximación geográfica que responde a otro tipo de curiosidad. Con un talante condescendiente y benévolo hacia los mexicanos en ambos, sus obras contrastan notablemente. Al primero le mueve un interés fundamental por el tipo de Estado que prevalecerá en México, ¿republicano e ilustrado, o el del Antiguo Régimen, fanático clerical? A Sartorius no le interesa cómo es el Estado en México en tanto que régimen regulado por una constitución o aparato institucional. Para el primero, el criterio que debe emplearse para definir el estado en que se encuentra la sociedad me-

xicana es el cuadro que ofrece la historia de la lucha entre dos regímenes que considera posibles en México. El segundo, aparentemente apolítico en dicho sentido, dedica numerosas páginas a las formas de vida en el medio rural mexicano y descubre una dimensión política más profunda: el Estado en México también está en formación, pues la apropiación humana del medio —la colonización rural— es condición de cualquier forma de Estado. Para el primero, el Estado "criollo" que por entonces existía era el último trayecto de un pasado destinado a desaparecer; para Sartorius, el estrato social en que ya se sostenía el Estado en formación era el mestizo, y el México "criollo", el de la cultura urbana, había mostrado su incapacidad política al fracasar en la defensa del territorio en la guerra de 1847.

El horizonte en que ambos se mueven es único, desde el punto de vista de la evolución de la geografía humana. La geografía humboldtiana cedió el lugar a la de Karl Ritter, catedrático de la materia en Berlín. El énfasis por la historia de Mühlenpfordt corresponde al de Ritter por la aplicación de esa disciplina a la geografía. Mühlenpfordt responderá tentativamente a su cuestionamiento sobre el futuro régimen definitivo en México: la república federal sólo puede afianzarse si en México arraiga la verdadera ilustración, esto es, la que permite reconocer los intereses públicos regionales. Sartorius ilustra otra veta del pensamiento ritteriano: la influencia —si no es que determinación— por el medio y la asunción romántica de la bondad y la existencia de "destinos geográficos". Ambos comparten la ingenuidad política de Ritter, cuyo talante religioso lo llevaba a partir de abstracciones y generalizaciones. Autoexcluyentes, en realidad, las dos visiones de México tenían, cada una por separado, su parte de verdad.

El contraste entre estas obras, como intentos de geografía, y la de Humboldt en el *Ensayo...* es obvio. Sin embargo, hay una continuidad perceptible entre ellas y las que Humboldt escribió en torno a Sudamérica, en suma, el gran *Viaje...* y la *Relación histórica...* del mismo. El método descriptivo de Ritter tuvo su inspiración en las obras sudamericanas de Humboldt. La observación como núcleo de la nueva geografía fue concebida a partir de Humboldt y la gran ironía es que Ritter la incorporó al programa de los geógrafos humanos, sin que él hubiese sido un viajero o explorador comparable a Humboldt. Así fue como el paisaje pasó a ser un concepto fundamental y fue imponiéndose la práctica de la descripción y explicación de las formas culturales a partir de ese concepto. En este

sentido, la de Sartorius sería la obra que, con tema mexicano, mejor corresponde a las numerosas que forman la *Landeskunde* con tema sudamericano —precisamente las que a lo largo del siglo XIX más contribuyeron al conocimiento de las ciencias naturales, por una parte, y también dieron origen a especulaciones románticas de sitios remotos o de paisajes insólitos, por la otra.

Sin embargo, el XIX fue el siglo de las visiones eurocéntricas por excelencia. Los ritterianos no fallaron en esto. Mühlenpfordt se empeña en atribuir a las migraciones de pueblos antiguos en América la misma importancia o significado que a las de los europeos o asiáticos —aunque sustenta una tesis del origen americano de las grandes civilizaciones indígenas. El individualismo que según Sartorius viene a ser una especie de principio social de los rancheros y hombres de campo mexicanos en general, resulta también demasiado al estilo europeo y poco verosímil como realidad social —si bien este autor supone que el medio mexicano puede albergar prácticamente todas las formas de cultura que traigan los colonizadores europeos. Es pues, un eurocentrismo ambiguo, pero que parece acendrarse en lo relativo a la forma de entender la vida política de los pueblos no europeos. Mühlenpfordt no encuentra mejor manera de exaltar a las antiguas civilizaciones indígenas de Mesoamérica que enumerar sus virtudes políticas, junto a las artísticas y científicas. Sartorius ve la ventaja del estamento de los rancheros y agricultores en que garantizan una especie de salud pública, contrarrestando el pernicioso efecto de la población urbana, indolente y corrupta.

Esta hipótesis sobre el eurocentrismo intelectual con respecto a los pueblos americanos y sus posibilidades de vivir la política, viene a ser confirmada por Friedrich Ratzel y su libro sobre México, de 1878 (*Desde México*). Una obra con duros juicios sobre los mexicanos en general, la suya vuelve a ser aún más implacable en lo relativo a la vida pública de México. Reconoce la grandeza de Juárez, mas no la de ningún partido político o ideario en boga. La Ilustración que supuestamente ha traído el triunfo liberal, sostiene, es una farsa. En esta etapa de juventud, Ratzel lleva los postulados de los destinos geográficos de Ritter al extremo y nos otorga una visión decididamente pangermanista de la contrastante realidad que es Norteamérica. En Estados Unidos, según el viajero, las culturas germánicas florecen envidiablemente; la excelsitud cultural allá tiene que ver con el medio y un desarrollo del intelecto visto desde valores claramente positivistas. La realidad de México, el "romanismo", es la degeneración de una cultura ya en sí defectuosa —afirma— como lo es la española. El joven Ratzel, nacionalista exaltado tras participar en la guerra franco prusiana, quiere ver, como esencia del subcontinente norteamericano, un reflejo de la contraposición europea del momento. El factor del "milieu" es así sorprendentemente politizado.

Sin embargo, pocos años después rectificará Ratzel esta valoración de las culturas americanas. En su gran tratado etnográfico de 1885, *Völkerkunde*, regresa al mejor Ritter, el que entendió las culturas como interrelación de naturaleza y humanidad, y que así recobra definitivamente la integración ciudadana, no tribal, como la máxima versión del pacto político, la que Humboldt sugería en su *Ensayo*... de 1811.

José E. Covarrubias V.
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

Noticias

Josefina Muriel
Investigadora emérita

El 18 de octubre del presente año el Consejo Universitario de esta Casa de Estudios designó investigadora emérita a la doctora Josefina Muriel de la Torre.

Josefina Muriel es actualmente una de las historiadoras más destacadas en el campo de la Historia Colonial de México. Su trayectoria abarca cuarenta años de trabajo continuo y su desarrollo profesional siempre ha estado vinculado a la Universidad Nacional Autónoma de México.

Estudió la carrera de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad y se recibió como doctora en historia en 1946, obteniendo *magna cum laude*. En 1951 ingresó como investigadora al Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, donde sigue hasta la fecha como miembro activo.

Ha destacado principalmente en el terreno de la investigación sobre la historia de la época colonial. Se ha dedicado a la historia social y cultural, abordando principalmente aspectos relacionados con los siguientes tópicos: salud pública, problemática de la mujer, educación y arte.

Entre los trabajos sobre salud pública es digna de mencionarse su voluminosa obra sobre hospitales en la Nueva España, durante los siglos XVII y XVIII, y el estudio, recientemente concluido, sobre el sistema hospitalario en el continente hispanoamericano, durante la misma época, que lleva por título *Hospitales en Hispanoamérica*.

Dentro de su preocupación por los problemas sociales enfocó su atención especialmente a la condición de la mujer en la época colonial. Destaca la obra *Conventos de monjas de Nueva España*, un estudio global sobre la situación de los conventos de monjas durante la época colonial. En él analiza la función social que desempeñaron los conventos de monjas y describe las particularidades de cada uno de ellos.

Otro trabajo muy importante es *Cultura femenina novohispana*, que se refiere al papel que desempeñó la mujer novohispana en diferentes ramas del saber y del arte. Con honda sensibilidad logra penetrar en la idiosincrasia de esa época, captando la forma de pensar y la visión del mundo de las mujeres novohispanas. Demuestra que había muchas que se preocupaban por la cultura y el arte y que sor Juana no constituyó un caso aislado, si bien fue la culminación de este tipo de mujer. Actualmente está escribiendo un trabajo sobre la situación de la mujer en Hispanoamérica.

Dentro de este mismo universo temático se sitúa su obra *Recogimiento de mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*, en la cual estudia la

situación de las mujeres novohispanas marginadas.

Sus investigaciones sobre educación están contenidas principalmente en la obra *Los colegios femeninos en la Nueva España*, que pronto saldrá a la luz, y que presenta un análisis de las instituciones educativas para mujeres en la Nueva España; en el libro *Los vascos en México y su colegio de las Vizcaínas*, del cual es coordinadora y coeditora, así como en diversos artículos.

Su aportación en el campo de la historia del arte es menos abundante que en las áreas anteriores, pero igualmente significativa. Entre los trabajos de este género merecen ser mencionados los *Retratos de monjas*; "La arquitectura de los conventos de monjas en el virreinato" publicada en las *Memorias del Congreso de Historia de América*; "Las instituciones femeninas; raíz del esplendor barroco queretano" en *Estudios de historia novohispana* y *La marquesa de Selva Nevada. Sus conventos y sus arquitectos*.

En varios de los campos de investigación arriba mencionados la doctora Muriel ha sido pionera. Ella fue la iniciadora de los trabajos sobre la historia de la mujer en todo el país y en su preocupación por los temas sociales se anticipó a las corrientes historiográficas que se impusieron décadas más tarde.

Por esta razón sus obras sobre hospitales y conventos de mujeres y su gran libro sobre *Cultura femenina novohispana* se han convertido en clásicos de la historiografía y son consulta obligada para los especialistas que pretenden abordar temas afines. Pero sus obras también son consultadas por el público en general y por los estudiantes. En algunas instituciones, como las facultades de Medicina y de Filosofía y Letras, se usan como libros de texto, contribuyendo a la formación de las nuevas generaciones.

Josefina Muriel, asimismo, ha impartido clases en el nivel de enseñanza media y superior y fue la fundadora de la cátedra de *Historia de España* en la Universidad Iberoamericana. Ha contribuido a la formación de algunos investigadores de reconocido prestigio. Ha impartido un gran número de conferencias y ha participado en diversos eventos académicos, tales como congresos. También ha dirigido y asesorado numerosos proyectos de investigación, realizados en nuestra casa de estudios y en otras instituciones.

En varias ocasiones ha asumido responsabilidades directivas. Tres veces fue directora interina del Instituto de Investigaciones Históricas, como decana del mismo; desempeñó el cargo de directora de la Junta Mexicana de Investigaciones Históricas y actualmente dirige el Archivo Histórico del Colegio de las Vizcaínas. Asimismo, ha desarrollado una importante labor editorial, ya que fundó y dirigió la revista *Estudios de Historia Novohispana* del Instituto de Investigaciones Históricas, entre 1965 y 1974.

Ha recibido diversas muestras de reconocimiento a su labor académica: entre otras, le fue otorgada la Medalla al Mérito de esta Universidad y la condecoración de la Orden de Isabel la Católica, y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Es para los miembros del Instituto de Investigaciones Históricas una gran satisfacción que nuestra colega Josefina haya recibido esta distinción y la felicitamos calurosamente.

Autobiografía y Revolución en México: José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán

Recientemente estuvo en México el profesor Claude Fell, de la Universidad de la Sorbona de París. Con motivo de esa visita, presentó su libro *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, que el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM editó en su Serie Historia Moderna y Contemporánea. También, durante su estancia en México, Claude Fell dictó en nuestro instituto, el día 5 de octubre de 1990, la conferencia *Autobiografía y Revolución en México: José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*.

El tema de esta disertación, tan vasto como el cúmulo de relatos, cuentos, novelas, memorias, diarios y testimonios originados en la Revolución Mexicana, lo centró el investigador francés en el tipo de relato en el cual su autor opta, deliberadamente, por la veta autobiográfica y expresa su posición frente a lo narrado, es decir, su *situación de enunciación*.

Desde esta perspectiva, el objetivo concreto de Fell —saber cómo los diferentes autores abordan los acontecimientos de la Revolución y su actuación individual dentro de ese movimiento— se apoyó en la idea de que la autobiografía es un relato retrospectivo en prosa que una *persona real* hace de su existencia propia, de la cual destaca los rasgos que la particularizan, en un afán de construir la *historia de su personalidad*. Con base en esto, señaló Fell, pueden establecerse dos categorías de relato autobiográfico: el que narra la historia de una vida insertándola en una historia o un mito más general, para integrar el "yo" a un universo de significación dado (*biografía mítica*), y el que pretende universalizar el "yo" de la historia individual que se narra a partir de la disidencia u oposición a lo ya dado, con el objeto de crear un universo de significación propio (*biografía crítica*).

REVISTA & REVISTAS
EL SEMANARIO NACIONAL

Ambos casos de tejido autobiográfico pueden coincidir en una misma narración, expuso Fell, ya que confesión, testimonio y búsqueda de una identidad, elementos consustanciales de la autobiografía, apuntan a una continuidad y a una disidencia.

Por otra parte, la autobiografía requiere la identificación de autor, narrador y protagonista, que, en primera persona, emprenderá la lectura del pasado, la cual será desde luego subjetiva, pero no necesariamente arbitraria, pues la pertinencia y el sentido del relato autobiográfico estriban en el rescate de lo que ha sido desechado por la memoria oficial o por la historiografía al servicio de un poder o de una escuela dominantes.

La autobiografía —que, para Claude Fell, con frecuencia está dirigida a engendrar una transformación del presente— ofrece tres modalidades enunciativas en cuanto a las narraciones sobre la Revolución Mexicana.

En primer lugar se distingue lo que Genette denomina relato *autodiegético*, en el que el narrador ha sido testigo y actor de los hechos de la Revolución, pero su narración es posterior a tales acontecimientos y, por lo tanto, la información que proporciona difiere de la del protagonista. A esta modalidad pertenecen las *Memorias* de José Vasconcelos (ante todo, *Ulises criollo* y *La tormenta*), y *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, obras que Fell examinó de manera exhaustiva en su conferencia.

El siguiente grupo de relatos es aquél en el cual el "yo" que los protagoniza es un personaje de ficción, producto de la imaginación de un autor que tomó (o no) parte en el movimiento revolucionario, pero que no aparece en el escenario de su obra. Este tipo de relato, que Fell denominó *homodiegético*, puede ejemplificarse con *Mi general* de Gregorio López y Fuentes y con *Tropa vieja* de Francisco L. Urquizo.

Una tercera modalidad es la que los antropólogos han llamado historia de vida, que Claude Fell definió como *biografía mediatizada*. El autor de ellas —periodista, antropólogo, sociólogo— transcribe lo que otra persona le cuenta de su vida. Como ejemplos de estos relatos pueden citarse *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas y *Hasta no verte Jesús mío* de Elena Poniatowska.

La comparación que Fell hizo posteriormente de las obras de José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, tuvo como eje dominante la precisión de la situación histórica e ideológica del "yo" narrador en ellas. Ambas obras *dialogan*. Sus autores pertenecieron a la misma generación, la de los *ateneístas*, que buscó rehabilitar lo individual sobre sólidas bases filosóficas y epistemológicas; fueron testigos y actores del movimiento revolu-

cionario; apoyaron la actuación política de Francisco I. Madero; participaron de la experiencia de la Convención de Aguascalientes; publicaron sus obras de referencia fuera de México, y, en suma, con una vocación orientada hacia la historia, les preocupó la problemática social del país.

Desde luego, tanto Vasconcelos como Guzmán ofrecen una visión partidaria y parcial de la Revolución, y sus escritos autobiográficos son de índole polémica. Ambos enjuician los hechos revolucionarios desde perspectivas establecidas con posterioridad a los acontecimientos que reseñan en sus discursos, y fijan la letra de sus escritos con el empleo de recursos estéticos y éticos que los vuelven más eficaces para transmitir las *verdades* de sus vidas. Son narradores que pretenden equilibrar, afirmó Fell, la subjetividad de una investigación para hacer factible la objetividad de una cultura. José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán mostraron la necesidad de la Revolución tal como la entendieron, señalaron las desviaciones de la misma, y justificaron, a la vez, su actuación personal en los acontecimientos revolucionarios, la cultura que poseyeron y su talento para hacer literatura.

Javier Manríquez
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

VIII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos

Del 17 al 20 de octubre se llevó a cabo en la ciudad de San Diego, California, la VIII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, en las instalaciones del hotel Ramada Inn Downtown.

El evento se dividió en siete sesiones con setenta mesas de trabajo que abarcaban temas tan disímiles como "Las diversiones y el Estado mexicano: cultura alta y cultura popular", "Tecnología agrícola y plantas domesticadas: intercambio entre el Nuevo y el Viejo Mundo", "Relaciones asimétricas: México, Canadá y Estados Unidos" y "La inversión extranjera (1840-1910)". Como puede apreciarse el interesado contaba con un amplio menú de temas que desafortunadamente coincidían en algunas ocasiones. Resultó atractivo conocer una nueva propuesta de lectura de los códices, que ha sido plasmada en la película *Tlacuilo*, o bien, las relaciones entre Sonora y Arizona y los problemas actuales del narcotráfico. Conocer también cómo el malabarismo político personal puede hacer llegar los orígenes de un acuerdo de libre comercio con los Estados Unidos hasta mediados del siglo pasado y convertir prácticamente a Benito Juárez o Melchor Ocampo en antecesores de los Harvardmen del régimen actual. Fue sobresaliente la exposición de publicaciones de diversas universidades como la California University o las del propio Instituto de Investigaciones Históricas que ocupó un lugar importante, tanto por el diseño de sus libros como por la variedad temática y lo accesible de sus precios. De igual importancia que las propias ponencias es lo referido a las relaciones humanas y a los contactos académicos que puede uno llevar a cabo y que redundan

no solamente en invitaciones para otros coloquios y congresos sino, también, para establecer posibles colaboraciones en seminarios y para el intercambio de impresiones como el que tuve con Charles Hale, eminente estudioso del liberalismo mexicano, y con Hugh Hamill, quien se ocupa del México decimonónico.

Por lo que se refiere a los eventos sociales, los historiadores hicieron gala de su capacidad para asistir a cocteles, algunos en lugares agradables como el que se verificó en el "Old Town", donde se pudo apreciar un pequeño museo sobre los orígenes de la ciudad, así como la comida de despedida en el Balboa Park.

Silvestre Villegas Revueltas
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

Juan A. Ortega y Medina
Premio Universidad Nacional

Es para los miembros del Instituto de Investigaciones Históricas una gran satisfación que nuestro colega, Juan A. Ortega y Medina, haya sido este año merecedor del Premio Universidad Nacional en el área de Docencia en Humanidades. Ortega y Medina es un hombre universal, de pensamiento humanista y de gran erudición, autor de numerosos libros y artículos, en los cuales aborda diferentes aspectos de la historia mexicana y europea relacionados, principalmente, con la historiografía, los nexos entre el mundo anglosajón y el español, así como el descubrimiento de América, entre otros. Son obras ampliamente conocidas *La evangelización puritana en Norteamérica* (México, Fondo de Cultura Económica, 1976), *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana* (México, UNAM, 1982) e *Imagología del bueno y del mal salvaje*, (México, UNAM, 1987).

A él se deben, además, diversas ediciones críticas y traducciones de libros, que han sido fundamentales para el desarrollo de la historia en México. Tal es, por ejemplo, la obra clásica del Barón de Humboldt, el *Ensayo político del reino de la Nueva España* y la obra de Pfandl sobre sor Juana Inés de la Cruz.

En estas obras aborda temas novedosos y plantea tesis originales, que han contribuido al desarrollo de la historia mexicana dentro del contexto de la historia universal. Sus trabajos han sido especialmente útiles para la enseñanza, ya que han permitido que los alumnos tengan un acercamiento a los autores clásicos mexicanos y europeos, particularmente dentro del campo de la historiografía.

Ortega y Medina ha contribuido a la formación de muchas generaciones de historiadores. Su vocación de profesor se perfiló desde que llegó a México, como refugiado de la guerra civil. Impartió entonces clases en el instituto Luis Vives y en las secundarias números 4 y 7 de la Secretaría de Educación Pública. La dedicación y entrega de esos años a la labor docente permitió el desarrollo integral de sus alumnos y despertó en ellos un profundo amor por las humanidades.

Posteriormente, a partir de 1954, se dedicó a la labor docente en el área de la enseñanza superior. Ingresó entonces

como profesor de historia en la Facultad de Filosofía y Letras, tarea que ha venido desarrollando hasta la fecha. Ha impartido cursos sobre historia de América, didáctica de la historia, historiografía general, reforma y contrarreforma, imperio español, absolutismo europeo; y atendido los seminarios de historiografía moderna mexicana y de tesis. Asimismo, ha desempeñado labor docente en otras instituciones de enseñanza media superior, por ejemplo en la Universidad Iberoamericana, en la Universidad Metropolitana, en la Universidad de Nuevo León en Monterrey y en la Universidad de Sonora.

Su labor docente no se ha limitado al ejercicio de la cátedra, ya que ha conducido numerosos seminarios y grupos de trabajo y ha guiado a los estudiantes en forma personal, a través de la asesoría de trabajos de investigación y la dirección de tesis. A lo largo de los años ha dirigido alrededor de cien tesis de licenciatura, de maestría y doctorado.

Muchos, que hemos sido sus alumnos, le debemos a Ortega y Medina una parte importante de nuestra formación en el campo humanístico y crítico.

Recordando al maestro Juan Ortega y Medina

Vienen a mi memoria mis días de estudiante en la escuela secundaria número 4 "Moisés Sáenz". Recuerdo en especial el año de 1946, cuando tuve oportunidad de conocer al maestro Juan Ortega y Medina, quien nos impartió la materia "Historia de México".

Recién llegado de España, hecho que delataban su acento y una frase muy común en él: "todo español bien nacido...", nos brindó desde la primera ocasión clases dinámicas, sin ese acartonamiento que a veces tienen algunos profesores.

A pesar de su juventud tenía el maestro una gran erudición; sin embargo no pretendía de sus alumnos la memorización de hechos, lugares, nombres y fechas. Su método para la enseñanza era enfrentarnos con la historia haciendo que investigáramos por nuestra cuenta, que buscáramos en libros y documentos los acontecimientos decisivos del desarrollo de nuestro país y que expusiéramos los resultados de nuestros estudios ante todo el grupo.

Sin involucrarse en aspectos doctrinarios nos enseñó a analizar las situaciones políticas y sociales del momento como eran la lucha electoral a nivel nacional y los grandes cambios que se operaban en

todo el mundo después de finalizada la Segunda Guerra Mundial.

También nos propuso realizar visitas para conocer algunos lugares de interés histórico.

Para la mayor parte del grupo fue un año productivo, cada uno de nosotros deseaba dominar el tema de su exposición aunque sin dejar de interesarse por los otros temas. Mi primera exposición fue sobre "La invasión de Barradas", la segunda sobre la biografía de Maximiliano; en ambas busqué los datos y las interpretaciones y al exponer intenté una comparación entre los diferentes autores consultados.

El maestro Ortega y Medina fue y sigue siendo un gran ejemplo de empeño y dedicación a la enseñanza. Ahora, a tantos años de sus lecciones, conservo todavía el gusto por la lectura de la historia. Este hábito se lo debo al maestro.

Claudio C. Merrifield Castro
Escuela Nacional de Estudios Profesionales, Aragón, UNAM

Oxford 3

Del 9 al 14 de septiembre de 1990 tuvo lugar en la Universidad de St. Andrews, Escocia, la *Tercera Conferencia Internacional sobre Arqueoastronomía (Oxford 3)*, reuniones especializadas que fueron iniciadas por un grupo de historiadores de la astronomía, astrónomos y arqueólogos británicos en 1981. La *Conferencia Oxford 3* dedicó especial atención a la discusión sobre el papel de las categorías culturales en el desarrollo del conocimiento astronómico y de los sistemas calendáricos en las civilizaciones antiguas de todo el mundo. Se planteó una discusión teórica sobre estas categorías y los aproximadamente 80 participantes de la reunión aportaron material comparativo de sus investigaciones monográficas sobre las culturas megalíticas europeas, la Antigüedad Clásica, la temprana Edad Media en Europa, el Egipto Antiguo, las culturas islámicas del Cercano Oriente, la antigua China, la India, Polinesia, Australia, Norte América, Mesoamérica y Sudamérica.

Del Instituto de Investigaciones Históricas participó la doctora Johanna Broda quien es miembro del Comité Internacional de las conferencias *Oxford*, con una presentación sobre "Conocimientos as-

Próximos eventos académicos

El historiador frente a la historia

Durante los meses de febrero y marzo de 1991 se llevará a cabo el ciclo de conferencias *El historiador frente a la historia*, que en esta ocasión abordará el tema: *Fuentes y metodología*. Este ciclo tendrá por sede la sala de conferencias del Instituto.

tronómicos, calendarios y geografía sagrada en la Mesoamérica antigua". En esta ponencia, Broda explora cuestiones de la interrelación entre astronomía y calendarios en el desarrollo de la civilización mesoamericana, hace una reseña de temas que han adquirido un particular interés en las investigaciones arqueo-astronómicas más recientes en Mesoamérica e informa sobre los resultados de su investigación acerca de la geografía sagrada del Valle de México y los inicios preclásicos de la observación calendárica en la Cuenca. El IIH agradece al apoyo que ha recibido del CONACYT (Programa de Apoyos Especiales) para la participación de Johanna Broda en dicho evento.

Reseñas

Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, 742 p.

En una entrevista reciente, el escritor de origen zapoteca Andrés Henestrosa —que pudo aprender el español y realizar sus estudios en la ciudad de México, gracias a la política indigenista que Vasconselos llevó a cabo como ministro de Educación— decía refiriéndose a este último: "A Vasconcelos [...] todavía no lo digerimos. Ni le perdonamos. Ni lo condenamos. "[1] Terrible frase en boca de un viejo vasconselista que por lo demás, en la misma entrevista, afirmaba: "Vasconcelos fue el sol que marcó mi vida". Cierto es que aún no lo "digerimos", ¿pero por qué o de qué perdonarlo o condenarlo?

En efecto, Vasconcelos sigue siendo un personaje que suscita cóleras, que molesta, que ha sido marginado. Se engrandecen sus defectos, sus errores, para mejor disminuir sus cualidades, sus aciertos, o bien se opta por el silencio y el olvido. Es sintomático que sea un autor francés, Claude Fell, el que se haya lanzado a la valiosa aunque ardua tarea de rescatar la labor de Vasconcelos como secretario de Educación Pública, terreno hasta ahora poco estudiado precisamente por esa actitud de menosprecio, ocultamiento y ninguneo que prevalece aún en México en relación a su obra.

Claude Fell, autor de *José Vasconcelos. Los años del águila*, buscó documentos y testimonios, cartas, artículos de la época; hurgó en archivos, revistas, boletines, con el propósito, según nos dice, de saber lo que ocurría en la cultura y la educación entre 1920 y 1924 y analizar "las modalidades de acceso a la educación y a la cultura de un país que toma conciencia de sus problemas internos tras un largo periodo de enajenación y, para la mayor parte de la gente, de oscurantismo [...], qué acogida tenían las decisiones tomadas por la Secretaría de Educación Pública [...], cuáles eran, por una

[1] *Excelsior*, 26-IX-90.

parte, los obstáculos que surgían para la secretaría y, por otra, las reacciones del cuerpo docente, de la prensa, de la clase política y, en la medida en que se conocen, las de la población".[2]

El resultado es un vasto y serio trabajo que nos proporciona una información muy completa sobre las áreas que abarcó la acción educativa y cultural, así como de los fines perseguidos. De todo ello se desprende una nueva valorización de Vasconcelos y de su obra, un mayor conocimiento de la época, de su clima espiritual, de sus anhelos, de sus aspiraciones y de la manera como aquello que se denominó "renacimiento cultural" terminó por proyectarse en el futuro.

En 1920, la etapa más cruenta de la revolución ha concluido, el auténtico movimiento popular ha sido ya vencido y un nuevo poder político comienza a construirse. Entre 1920 y 1923, antes de que los generales surgidos de la revolución vuelvan a enfrentarse en la lucha por el poder, hay un periodo de calma en el que se produce, bajo los auspicios de Vasconcelos, ese grandioso acontecimiento que Claude Fell estudia de manera exhaustiva.

Para Vasconcelos la revolución que iba a transformar al país debía ser un proceso integral que abarcara tanto lo social como lo intelectual y lo artístico. En consecuencia, la revolución tenía que ser también espiritual, pues se trataba de despertar el alma de la nación, lo que sólo podía realizarse mediante la educación y la cultura.

A fin de llevar a bien su idea, Vasconcelos lanzó un llamado a los intelectuales y a los artistas, exhortándolos a colaborar: "El cargo que ocupo —les dijo— me pone en el deber de hacerme intérprete de las aspiraciones populares, y en nombre de este pueblo que me envía, os pido a vosotros, y junto con vosotros a todos los intelectuales de México, que salgáis de vuestras torres de marfil para sellar un pacto de alianza con la revolución. Alianza para la obra de redimirnos mediante el trabajo, la virtud y el saber."[3]

Muchos jóvenes se sumaron a la cruzada cultural. "Lo que en aquellos tiempos se nos pedía hacer —recuerda Cosío Villegas— lo que nosotros queríamos hacer y lo que hicimos o quisimos hacer, posponiendo el ejercicio de nuestro oficio de escritores, correspondía a toda una visión de la sociedad mexicana, nueva, justa y en cuya realización se puso una fe encendida, sólo comparable a la fe religiosa..."[4]

En un país en el que predominaba el analfabetismo, la primera tarea que se imponía era la de educar; para ello se construyeron escuelas, se inauguraron bibliotecas, se tradujeron los clásicos. Para que la educación pudiera llegar hasta los sitios más apartados, se formaron "misiones culturales" con maestros, pintores, poetas. Además de alfabetizar se trataba de despertar el

2 Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, p. 10.

3 José Vasconcelos, *Discursos, 1920-1950*, México, Ed. Botas, 1950, p. 9.

4 Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas*, México, Ed. Hermes, 1966.

gusto por la lectura, literatura y matemáticas. Artesanías y técnicas de cultivo, música, danza, pintura estaban incluidas en este proyecto de educación integral que contemplaba de igual manera, la castellanización del indígena.

El propio Cosío Villegas evoca en sus *Memorias*, el inicio de una de esas jornadas de alfabetización cuando junto con Carlos Pellicer llegaba, sábados y domingos, a las humildes vecindades del centro de la ciudad de México y a fuertes gritos invitaba a salir a sus habitantes: "Comenzaron a asomarse unos cuantos curiosos —nos cuenta— que no se explicaban a qué venía ese pregón tan impertinente [...]. Bajaron y entonces Carlos les contó que era poeta y escribía unos versos muy sentidos. Y les recitaba un poema suyo [...]. Captada la atención del auditorio, Carlos sacaba su abecedario, mostraba las distintas letras del alfabeto [...]. Al cabo de dos o tres horas de tales ejercicios, Carlos les preguntaba a qué hora del sábado y del domingo siguientes les convenía reunirse para proseguir las lecciones..."[5]

5 Daniel Cosío Villegas. *Memorias*, México, Ed. Joaquín Mortiz, 1976, p. 88.

La función educativa se completaba con la cultural. En su discurso, al ser nombrado rector de la Universidad (junio de 1920), Vasconcelos había dicho: "Nuestras instituciones culturales se encuentran todavía en el periodo simiesco de sola imitación sin objeto".[6] Por su parte, maestros y artistas inmersos en la misión educativa, al volver los ojos hacia el país, habían descubierto que poseían una tradición artística espléndida. Esto los impulsó a romper con el academicismo y a buscar inspiración en lo indígena y en el arte popular. Todo ello produjo un renacimiento artístico cuya manifestación más importante fue el muralismo.

Este último se propuso trasmitir un credo social, así como la epopeya de la revolución; para los pintores, los murales de los edificios públicos prolongaban una tradición, la de la pintura de los templos prehispánicos, la de los frescos de las iglesias coloniales y de las pulquerías.

Pronto la obra de estos artistas empezó a escandalizar a la gente; Rivera fue inculpado por pintar "indios monstruosos con ojos de buey". Vasconcelos fue acusado de dilapidar los fondos públicos y se le presionó para que en nombre del "decoro y de la cultura" suspendiera los murales. Las pinturas de Orozco y Siqueiros en la Escuela Preparatoria fueron apedreadas y raspadas. Vasconcelos terminó por renunciar y tanto la labor educativa como el movimiento pictórico perdieron fuerza y trascendencia.

Breve momento histórico en el que confluyeron, convergieron sin ser idénticas, las inquietudes de un ministro por un lado y por el otro, las de los jóvenes artistas; juntos lograron captar y expresar la prodigiosa energía social que la revolución había despertado y en la que se manifestaba la enorme vitalidad espiritual de un pueblo en búsqueda de su identidad nacional.

Muchas son las reflexiones, las sugerencias que despierta la lectura del libro de Claude Fell; me referiré en particular a dos de ellas, la relación del intelectual con la política y la del intelectual con el estado.

El intelectual y la política.

En su estudio, Claude Fell se propone captar el momento en que pensamiento y acción se funden para concretizarse en la realidad. Ahora bien, conviene señalar que es, asimismo, el momento en que el intelectual, a través de la función ministerial, ejerce una parcela de poder. Poder que finalmente le será arrebatado por los celos e intrigas de los nuevos detentadores del mismo, grupo de ambiciosos e iletrados arribistas que confiscaron, en su provecho, la gesta revolucionaria. Cabe preguntarse si tras esa rivalidad no existe una lucha de tendencias, una minoritaria, la del intelectual, otra mayoritaria y

6 Claude Fell, *op.cit.*, p. 362.

dominante, militar-burocrática; batalla por el poder que culmina con el desastre del vasconcelismo en la campaña electoral de 1929.

En Latinoamérica, tal vez por sus condiciones históricas específicas, ha sido frecuente que el intelectual salga de su "torre de marfil" para involucrarse en la acción política. Tal es el caso de Vasconcelos, en quien razón y pasión (lo apolíneo y lo dionisíaco) se entremezclan y en el que, cuando menos hasta 1929, la pasión y la fuerza vital tienen como cauce la lucha política activa.

Desde antes de comenzar la revolución, Vasconcelos es de los primeros que acude al llamado de Madero para derrocar a la dictadura de Díaz; más tarde, lucha contra Huerta y participa en la Convención de Aguascalientes. Él es quien redacta los fundamentos legales que confieren a esta asamblea su soberanía; posteriormente forma parte del gobierno surgido de la misma (acontecimiento cuyo significado histórico no ha sido aún valorizado, porque el grupo triunfante que se adueñó del poder emergió de la derrota —y usurpación de los postulados— de la Convención). El fracaso y el aislamiento producidos por la campaña electoral de 1929, en la que su candidatura a la presidencia de la República fue derrotada mediante la intimidación, la represión y el fraude, provocaron en él una gran amargura, misma que terminó por marcar la última etapa de su vida; no obstante, todavía escribe, en los años subsiguientes, sus magníficas memorias y otros textos meritorios.

El intelectual y el estado

La relación que puede existir entre el intelectual y el estado es siempre ambigua y harto sospechosa. ¿Pierde el intelectual su independencia y capacidad crítica cuando se encuentra a sueldo del estado? ¿La cultura promovida por este último, se transforma en mero mensaje ideológico? La respuesta es difícil.

Entre los problemas que Vasconcelos tuvo que resolver como ministro, nos dice Fell, está precisamente, el de la relación del estado con la cultura. ¿Debe hacerse cargo el estado de la cultura? Vasconcelos, al percibir la situación en la que se encuentra el país, la pobreza y la ignorancia existentes, responde afirmativamente. Sin embargo, "aún siendo partidario del dirigismo en materia de educación y cultura —afirma Fell—, Vasconcelos hace gala en esa época de una flexibilidad y un eclecticismo excepcionales".[7]

Efectivamente, las iniciativas que Vasconcelos presenta en torno a la educación y la cultura "privilegian claramente la acción del estado y del poder central". Su concepción sobre el papel del estado está explícitamente formulada en el interesante proyecto de ley (octubre de 1920) propuesto para la reorganización y modernización de la enseñanza. En él

[7] Claude Fell, *op. cit.*, p. 12.

se intenta equilibrar la acción centralizadora y de control de la Secretaría, y la autonomía local y estatal. Para lograrlo se contempla la creación de "consejos de educación" constituidos a nivel local y estatal, por personas "directamente involucradas e interesadas en su existencia". Vasconcelos admite que "el poder de decisión queda en manos de la Secretaría", pero el rector considera que es una etapa transitoria; poco a poco los diferentes consejos deberían ir ganando autonomía en materia de presupuesto y en todo lo relativo a los nombramientos: "Si los consejos comienzan a funcionar de una manera vigorosa y atinada —afirma Vasconcelos—, muy pronto llegará el día en que ejercitarán todas sus facultades y se habrá logrado entonces independizar la educación pública, poniéndola en manos de los consejos que, por su carácter técnico, estarán mejor capacitados que el ejecutivo para atenderla".[8]

Por otra parte, Fell indica que a lo largo de su labor en la SEP "quedará clara su total hostilidad a cualquier politización de las tareas educativas y culturales". Razón por la cual define, en el proyecto de ley arriba mencionado, los límites de la intervención estatal respecto a las publicaciones y así dice: "A efecto de que el gobierno no se aproveche del enorme poder que llegará a adquirir esta planta editorial, la ley contiene la prohibición de que en ella se impriman obras de política militante."[9]

El respeto a la libertad de expresión por parte de Vasconcelos es por demás evidente en su relación con los artistas a los que patrocina, a pesar de no estar muy de acuerdo con sus preferencias estéticas e ideológicas. "Vasconcelos —señala Claude Fell— parece haberse resignado a admitir la "orientación" socialista que la mayoría de los muralistas le han conferido, pero tal aceptación no está exenta de reticencias un tanto vivas."[10] Empero, cuando las críticas al muralismo arrecian, asume de manera decidida la defensa de los artistas.[11]

En sus conclusiones Fell afirma lo siguiente: "Vasconcelos, desde su gestión ministerial, elabora y promueve un modelo cultural que, aún cuando encuentra detractores y sólo tiene una difusión restringida, tiende a convertirse en dominante."[12] En efecto, el nuevo poder que en los años 20 apenas está tomando forma y consolidándose, va a terminar por conformar un estado todopoderoso que tiene ingerencia en todos los niveles de la realidad social; interviene activamente en la educación y la cultura, subvenciona, otorga empleos, becas y premios a los intelectuales. Y si bien después de Vasconcelos ha habido momentos en que algunos grupos del gobierno han intentado politizar abiertamente a la enseñanza

8 Claude Fell, *op. cit.*, p. 55-62.
9 ——————, p. 22-23.
10 ——————, p. 419.
11 ——————, p. 427-428.
12 ——————, p. 665-666.

(recuérdese la educación socialista) y otros en que el arte sirvió de instrumento para mitificar a la revolución y por ende, legitimar al nuevo estado, este último ha dejado más bien en libertad a la expresión artística a pesar de que por lo general el artista y el intelectual dependen de una u otra manera de él.

Aportes y recuperación de la obra de Vasconcelos.

Así como el modelo cultural fue recuperado por el estado, aunque despojado de su grandeza, otros proyectos de Vasconcelos fueron confiscados, oficializándolos y despojándolos de su cometido original, tales como el proyecto educativo, la búsqueda de una expresión cultural no de imitación sino nacional, misma que pronto se transformó en folklore chabacano, el muralismo que de igual manera perdió su fuerza inicial y terminó por propagarse en cada palacio municipal de manera ramplona y acartonada. Lo propio sucedió con su generosa visión iberoamericanista, que sirvió de bandera a la política exterior del país.

¿Por qué entonces Vasconcelos como individuo no ha sido recuperado y no forma parte del panteón oficial de la historia moderna de México? Porque, a nuestro parecer, rompió con las reglas de juego —vigentes hasta nuestros días— de la política "a la mexicana", hechas de hipocrecía, disimulo, máscaras, disciplina y complicidad. Porque optó por la crítica implacable y lúcida. Porque al saberse más capaz e inteligente que los militares semianalfabetas que finalmente monopolizaron el poder, se condujo frente a ellos con altivez y orgullo.

En muchos aspectos el pensamiento y la visión de Vasconcelos siguen vivos. El México moderno debe recuperar lo no recuperable de este intelectual, a saber, su actitud ética, influida por una concepción humanista, misma que supieron captar los jóvenes que en 29 lo siguieron en su campaña electoral; la concepción del papel de la educación y la cultura como instrumentos de transformación y liberación; la búsqueda de una identidad nacional que integre lo autóctono y lo universal; el proyecto hispanoamericano mediante el cual "México debía volverse hacia sus vecinos del continente ibérico y latino para oponer un frente al Calibán del norte, pero también para redescubrir, redefinir y reafirmar raíces, una lengua, aspiraciones comunes".[13]

Andrea Revueltas
Universidad Autónoma Metropolitana

[13] Claude Fell, *op. cit.*, p. 607.

Publicaciones

Publicaciones del IIH

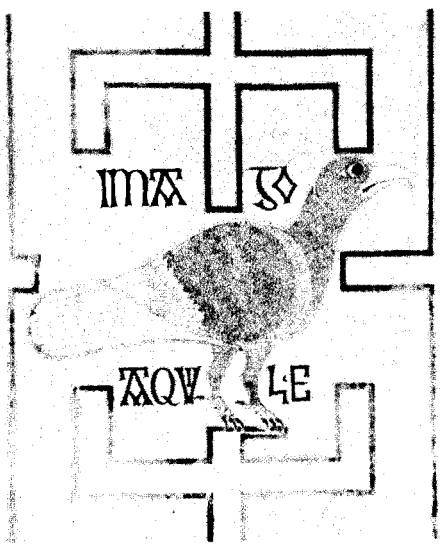
Títulos recientes

Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925). Educación, cultura e iberoamericanismo en el México postrevolucionario*, traducción de María Palomar revisada por Javier Manríquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1989, 744 p. (Serie Historia Moderna y Contemporánea /21).

Es ésta una obra generosamente documentada en los testimonios escritos de los cuatro años en que el autor de *Ulises criollo* estuvo al frente de la Secretaría de Educación Pública. Claude Fell analiza en ella, con un cuidado minucioso, el periodo en el que se desenvuelve la actuación más fecunda de Vasconcelos, que habrá de marcar hitos y retos a seguir en la vida educativa y cultural de nuestro país.

En rigor, el libro de Fell inicia con el capítulo dedicado a la gestión de José Vasconcelos como rector de la Universidad de México y los esfuerzos que realiza desde esa posición para llevar a cabo la Campaña Nacional contra el Analfabetismo. Asimismo, se desarrolla en esta parte lo referente al proyecto de creación de la Secretaría de Educación Pública, que, luego de ser aprobado, permitirá articular, en un programa global de reformas, las políticas educativas y culturales concernientes al nuevo estado que surge de la Revolución Mexicana.

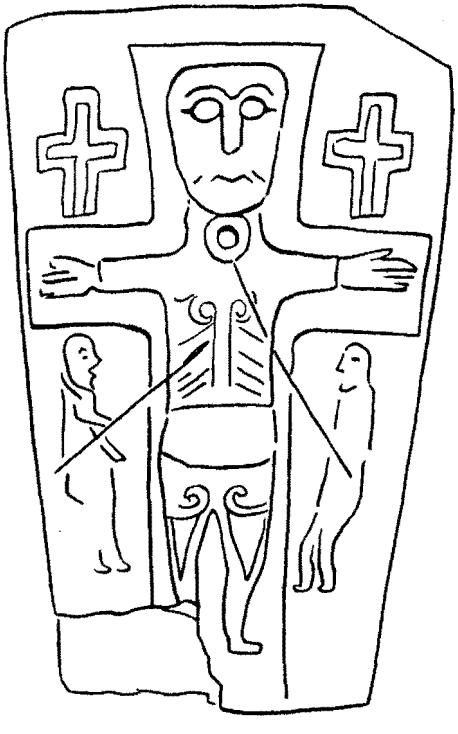
Los capítulos II y III —los más amplios de esta obra— constituyen el análisis pormenorizado de la acción vasconcelista, cuyos afanes consisten en extender los beneficios de la educación y la cultura a la inmensa mayoría de mexicanos que se hallaban marginados del desarrollo nacional. En este sentido, Fell aborda, en el



capítulo II, los temas referentes a la construcción de escuelas, la formación de maestros, la enseñanza primaria y técnica, la escuela rural y la educación indígena, y la enseñanza secundaria y superior. En el capítulo III, dedicado expresamente a la política cultural de la Secretaría de Educación Pública, el autor de *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)* examina la idea de cultura que postula Vasconcelos, los fundamentos de su estética, la pertinencia de un arte americano universal y las acciones concretas en torno a las artes, la literatura, la edición de libros y la creación de bibliotecas públicas.

El capítulo IV da cuenta del pensamiento iberoamericanista concebido por el autor de *La raza cósmica*, cuyas raíces pueden advertirse ya en las obras especulativas escritas por Vasconcelos antes de 1920, en las cuales aparece, de manera más o menos profunda, el problema de la unidad —ideológica, cultural, económica y política— de Hispanoamérica.

José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925) fue presentado el jueves 4 de octubre de 1990 en la sede del Instituto Francés de América Latina (IFAL), en una mesa redonda en la que participaron Alberto Arnaut, José Luis Martínez, Carlos Monsiváis, Andrea Revueltas, Guillermo Sheridan, Gisela von Wobeser y Claude Fell, autor de esta obra.



Ignacio del Río, *A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de investigaciones Históricas, 1990, 112 p. (Serie Historia Novohispana /42).

Al decir de su propio autor, esta obra "debió formar parte de un libro mayor, concebido como un estudio amplio sobre la organización misional jesuítica en la península de California", investigación en la que Ignacio del Río aborda tres cuestiones fundamentales: la primera, el descubrimiento de California y los antecedentes de la penetración en la península, es la que trata en este libro. (Trabaja actualmente el proceso político y económico que tuvo realidad en California bajo el régimen de los padres ignacianos, mientras que el tercer aspecto, el impacto que las fundaciones misionales tuvieron sobre la población aborigen, fue publicado ya por nuestro instituto en 1984 con el título de *Conquista y aculturación en la California jesuítica (1697-1768)*.

En la introducción de la obra que ahora presentamos, el autor sostiene la validez que las descripciones y los relatos tienen para el discurso histórico, puesto que no excluyen la formulación teórica sino que, muy al contrario, la sustentan.

Este libro es un buen ejemplo de lo que plantea Del Río, pues ha sido escrito en forma entretenida y sencilla. En él los personajes adquieren calidad humana y la historia no es un acontecer abstracto sino que se desenvuelve en los quehaceres, andanzas, padecimientos e ilusiones de los hombres.

El libro está compuesto por dos partes. En la primera, "Una historia de encantos y desencantos", narra las expectativas de descubrimientos más allá de las tierras de América, las expediciones que con este fin se organizaron, los fracasos y el descubrimiento y primeras exploraciones de las costas de América del Norte; reseña diversos viajes y los motivos por los que se emprendieron: la búsqueda de riquezas y la necesidad, en el orden geopolítico, de garantizar el dominio español en aquellas regiones.

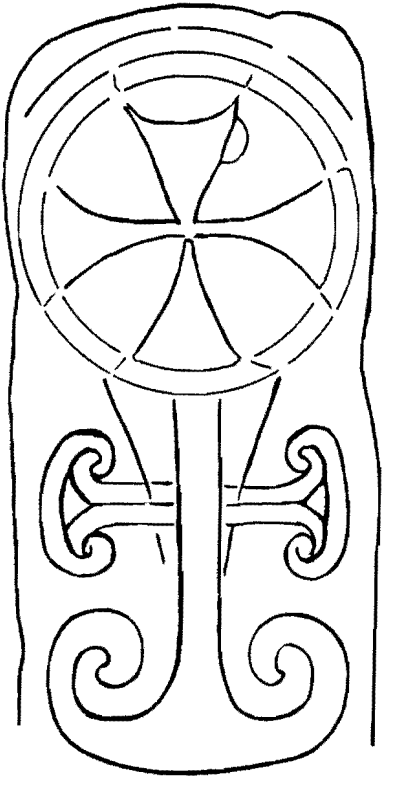
En la segunda sección, denominada "Los otros seducidos", describe las experiencias de las órdenes religiosas que llegaron a aquellas tierras, primero los franciscanos y luego los jesuitas; se refiere al padre Kino y al visitador jesuita Juan María de Salvatierra, personajes que tuvieron gran incidencia en la colonización de esa región; relata las decisiones de la corona de otorgar a los sacerdotes jesuitas, además de la autoridad religiosa, el poder político y militar, y concluye describiendo y analizando la final penetración y permanencia de los europeos en la California, basadas en las misiones, pues fueron las que proveyeron por último del sistema idóneo para lograr esta conquista en la que se había fracasado durante más de un siglo y medio.

En prensa

Roberto Moreno, Linneo en México. *Las controversias sobre el sistema binario sexual, 1788-1798*, México, Universidad Nacional de México, Instituto de Investigaciones Históricas (Serie Historia de la Ciencia y la Tecnología).

Andrés de Olmos, *Tratado de Hechicerías y Sortilegios*, reproducción facsimilar del manuscrito con estudio introductorio, paleografía y versión castellana de Georges Baudot, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (Facsímiles de Lingüística y Filología Nahuas).

Josefina Muriel, *Hospitales de la Nueva España. Fundaciones del siglo XVI*, tomo 1, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México/Cruz Roja Mexicana (Serie Historia Novohispana).



Biblioteca Rafael García Granados

Mapoteca del IIH

Parece prudente iniciar esta comunicación señalando que, entre quienes se dedican a la investigación y estudios históricos así como a la docencia, el auxilio de la cartografía resulta sin duda un valioso apoyo en sus tareas. Gracias al empleo de cartas y planos podemos resolver un problema de ubicación espacial que de momento no esté bien definido, orientar al lector representando gráficamente el área estudiada, y no sólo por saber dónde está, sino para conocer lo más aproximadamente posible, cómo es esa región desde el punto de vista físico cuando no se ha tenido oportunidad de conocerla directamente.

La biblioteca "Rafael García Granados" del Instituto de Investigaciones Históricas cuenta con numerosas cartas, mapas y planos de diversas clases: generales de los Estados Unidos Mexicanos, de casi todos sus estados o de regiones parciales de los mismos, por ciudades y zonas arqueológicas para citar sólo unos ejemplos. La diversidad está dada tanto por la variedad de información contenida (división política, datos etnográficos y lingüísticos, redes telegráficas y líneas de correo, entre otras), como por las distintas fechas de su elaboración (1824 y 1958).

De hecho, a principios de este año, no se conocía el contenido específico de esta colección y su estado reclamaba inmediata atención. No existía un registro detallado, ni siquiera aproximado, que indicara en qué consistía este conjunto de piezas documentales. Se sugirió que no debía esperarse más tiempo, y una razón parecía suficiente: potenciar el uso y aprovechamiento de todos los fondos de la biblioteca en beneficio de la comunidad, tanto interna del Instituto, como de la Universidad en su conjunto.

La idea surgió a raíz de una modesta colaboración personal para el *Atlas Nacional de México*, coordinado y dirigido por el Instituto de Geografía de la UNAM,[1] cuyo primer volumen deberá aparecer a fin del presente año. De tal manera que, para la formación de una carta histórico-geográfica —donde se ensaya una panorámica sobre el estado de las comunicaciones durante el siglo XIX mexicano—, resultaba imperativo consultar el mayor número posible de cartas que ilustraran sobre derrotas terrestres, extensión de la red telegráfica, vías marítimas, etcétera, amén, desde luego, de revisar fuentes documentales y bibliográficas. Así, cuando hubo la ocasión de recurrir a los materiales cartográficos con que cuenta el Instituto de Investigaciones His-

1 Comunicaciones en el siglo XIX, carta que llevará la clave II-3-4 en dicho *Atlas*.

tóricas, pudimos percatarnos que se encontraban sin orden ni concierto; para saber qué había, o cuál podía servir, era necesario remover todos y cada uno.

Esto pudo haber sido el problema menor, pero lo relegados que estaban estos materiales había propiciado que acumularan demasiado polvo y en algunos casos, humedad y hongos, lo que volvía molesta la consulta, y como no se estaba prevenido del estado de conservación, al manipularlos —desdoblarlos o desenrollarlos— nos encontrábamos con que había unos con quebraduras y otros desprendiéndose en pedazos. Entonces, un segundo motivo, el evitar un mayor deterioro, se añadía para poner manos a la obra.

Así las cosas, y atendiendo al razonamiento inicial de la presente exposición, es evidente que mientras mayores recursos de apoyo cartográfico para la investigación tenga disponibles, mejor estará cumpliendo sus objetivos la biblioteca del instituto.

Por razones de espacio y en atención a no hacer pesada esta lectura, haremos una presentación preliminar de este fondo cartográfico señalando algo de lo más destacado del mismo.

Dentro de este conjunto de materiales, existen cartas que pueden ser consideradas como colecciones más específicas. En tal caso encontramos las que en 1825 mandara publicar Guadalupe Victoria, para la naciente Armada Mexicana: una carta general del Océano Atlántico donde se observan sus costas americanas, africanas y europeas, desde el Ecuador hasta los 58° N; otras del Océano Pacífico y Mar del Sur, en las cuales se señalan los derroteros para costear la América, así como los que llevan al continente asiático. Aquí están inscritos los seguidos por navegaciones célebres, como la de Pedro Fernández de Quirós en 1606 y de las corbetas *Atrevida y Descubierta*, 1790-1792, bajo la dirección de Alejandro Malaspina, entre otras, y los puntos de arribo a las islas Sandwich, al archipiélago filipino, a la costa china y nipona hasta el estrecho de Bering.

Gracias a esta colección también podemos conocer la representación cartográfica de las islas Bahamas y Antillas; de los puertos de Veracruz, San Blas, Pichilingue, La Paz, Monterrey y San Francisco a principios del pasado siglo.[2] Estos materiales tienen la virtud adicional de dar el crédito correspondiente a los oficiales que fueron de la Armada Española, en cuyas observaciones, datos y trabajos anteriores están basadas; en el extenso título para la que corresponde a las islas Antillas, se lee "*...mandada reimprimir por el primer presidente de la república.*"

De las cartas levantadas por la Comisión Geográfico-Exploradora, durante la "Paz Porfiriana", existen algunos ejemplares que dan cuenta de su actividad.[3] Tamaulipas, Puebla, Tlaxcala, Nuevo León, Veracruz, Morelos, en escala 1:1000 000 y 1:2000 000, y 97 hojas de una inconclusa carta general de la República Mexicana a 1:100 000. Estos traba-

2 El doctor Carlos Bosch en su libro *México frente al mar* ha reproducido algunas: p. 148, 152, 162.

3 En el año de 1877, por decretos de 20 de enero y 13 de diciembre, se autoriza al ejecutivo a establecer comisiones científicas y de exploración, para la fijación astronómica de las principales ciudades mexicanas y la reunión de datos geográficos y estadísticos con objeto de realizar cartas generales y estatales de la República. En el mes de mayo del año siguiente, la Comisión Geográfico-Exploradora inicia sus operaciones. Eran corresponsables las secretarías de Fomento y de Guerra; la primera destinando una partida de su presupuesto y la segunda asignándole oficiales y prácticos para su escolta y funciones. Véanse Dublan y Lozano, *Legislación Mexicana*, v. 13, México, Imprenta de Eduardo Dublan, 1886, p. 138-9, 382, y Díaz, Agustín, *Exposición Internacional Colombina de Chicago, 1893. Catálogo que compone el contingente de la Comisión*, Xalapa de Enríquez, Tipografía de la Comisión Geográfico-Exploradora, 1893, 24 p., ils., mapas, cuadros.

jos son notables por el intento de consignar el máximo de información posible; vale decir, son exhaustivos: múltiples poblados, diferenciando su calidad (villa, ciudad, rancho, etcétera) y su importancia política (cabeceras, capitales); caminos carreteros nacionales, de segunda clase, de herradura, brechas, vías férreas con los puntos de sus estaciones; si un puente es de fierro o mampostería, la red hidrográfica y curvas del nivel orográfico. Las dimensiones y escalas en que están construidas ofrecen una ventajosa amplitud visual y la posibilidad de mayores localizaciones de pequeños lugares, de relativa falta de importancia, que regularmente no son consignados.

En relación a los datos estadísticos y demográficos ahí consignados, debe decirse que corresponden a los censos de 1900.[4] Las cartas estatales mencionadas aparecieron entre esta fecha y 1909. Esto cabe señalarlo para poner al usuario en alerta sobre unas cartas que, bajo la autoría del Departamento de la Estadística Nacional, 1930 —de las cuales hay ejemplares para Puebla, San Luis Potosí y Tlaxcala—, tienen exactamente los mismos datos; esto es, fueron copiadas tal cual sin dar crédito alguno. Si aceptamos que el periodo revolucionario seguramente cobró tal número de vidas que los guarismos poblacionales debieron alterarse entre 1910 y 1917, creer que después de esta fecha se recuperó demográficamente el país, al grado de existir en 1930 los mismos mexicanos, ya no digamos por estado, sino municipio por municipio, como tres décadas antes, parece, simplemente, poco probable. Pero, gracias a que el director de dicho departamento colocó con letras nada discretas su nombre en estos reimpresos, podemos conocer al responsable de esas copias.

Otros grupos de mapas qué podemos distinguir claramente, son los que, bajo la dirección de Wigberto Jiménez Moreno y Miguel Othón de Mendizábal, fueron editados por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, apareciendo entre 1928 y 1939. Aquí se hace la división lingüística de Norte, Centro y Sudamérica, basándose en investigaciones de ellos mismos y en las de Krickeberg, Kroeber, Dixon, Sapir y Lehmann; como también la distribución prehispánica y en 1930 de lenguas indígenas en México y la localización de salinas prehispánicas.

Para 1960-63 se cuenta con las cartas que realizó la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos. Aquí la temática es múltiple: división del territorio nacional en 111 zonas económicas para la fijación de salarios mínimos; regionalización de actividades económicas; las diferentes condiciones ecológicas para siembras de temporal (trigo, frijol, maíz). Índices de aridez y periodos de heladas señalando las divisiones climáticas (tropical húmedo, tropical húmedo de bosque, sabana tropical, etcétera), como también altimetría, comunicaciones y distribución poblacional. Estos mapas están basados en los censos realizados en 1960.

Cuenta asimismo la biblioteca "Rafael García Granados" con los resultados del censo general de población y vivienda de 1980, publicados por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática en 32 tomos. Cada tomo, que se refiere a cada estado de la Federación, consta de 3 pequeños volúmenes; sin embargo, en algunos casos (Chiapas, Chihuahua, Guanajuato, Nuevo León, Sonora, Tamaulipas) falta uno y no se encuentra el que corresponde al Distrito Federal. Con igual pie editorial, hay ócho *Nomenclator* (Aguascalientes, Coahuila,

4 Puede auxiliarse la consulta de estas cartas con: México, *División y Censo Territorial de la República Mexicana*, 32 v., México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1901-4.

Morelos, Nayarit, Nuevo León, Tamaulipas, Tlaxcala y Zacatecas) donde se incluye la nomenclatura de poblaciones, depósitos hidrográficos y accidentes geográficos con sus respectivas coordenadas geográficas. Hay también diez *Síntesis Geográficas* (Aguascalientes, Coahuila, Colima, Jalisco, Estado de México, Nayarit, Nuevo León, Tamaulipas, Tlaxcala y Zacatecas) conteniendo información sobre vías de comunicación, división municipal, climatología, geología, hidrología y regiones fisiográficas, con sus respectivos anexos cartográficos.

Destaca una colección de mapas y planos del estado y ciudad de Querétaro, algunos de los cuales están enmarcados. En general son cartas topográficas y señalan las principales vías de comunicación. Al que parece más antiguo se le ha consignado como c. 1800 pues no aparece la indicación precisa; los demás corresponden a los años 1840, 1844, 1884 (hay dos para este año, uno de García Cubas y otro de autor desconocido), 1885, 1859 (éste es un plano del segundo piso de la iglesia y casa capitular del convento de San Francisco), 1903 y 1919.

Guadalajara (1941); Ciudad de México o Distrito Federal (hay una reproducción de la *Planta y Descripción de la Imperial Ciudad de México*, c. 1749, de Carlos López de Troncoso) en varios años y representando el asentamiento de la antigua Tenochtitlan. Mazatlán (1958), Veracruz (1907), Xalapa (1907), Orizaba (1899), Mérida (1865) son algunas de las ciudades representadas cartográficamente. Otras que pueden tener particular interés son tres cartas petroleras: del Cantón de Tuxpan (1916), del Istmo de Tehuantepec (1917) y una general de la República (1926).

Cuando se ha presentado el caso de ejemplares que guardan relación o se complementan con algún título de la colección general de la biblioteca del Instituto, al final de la ficha correspondiente se consigna dicha referencia.[5]

En este momento se encuentra concluido un juego de fichas ordenadas numéricamente, y en proceso su duplicación para su arreglo alfabético y referencia cruzada, así como para la elaboración de las respectivas tarjetas de circulación. Por este motivo, y tal como de hecho ha ocurrido antes de la presente noticia, cuando se requiera la consulta de este fondo, quien suscribe puede dar la orientación sobre sus actual disposición y contenido, en tanto se completa convenientemente el fichero. Es de esperarse que, en la medida en que se vaya conociendo y consultando, pueda atenderse a la conveniencia de acrecentarlo y de un mejor acomodo del que por el momento se le ha asignado.

Fernando González Dávila
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

5 Así por ejemplo: *Derrotero de las Islas Antillas, de las Costas de Tierra Firme y de las del Seno Mexicano, corregido y aumentado y con un apéndice sobre las corrientes del Océano Atlántico á mandado reimprimir. Por el Exmo. Sr. D. Guadalupe Victoria, Primer Presidente de la República Mexicana*, México, año de 1825, 599 p. Esta obra es la detallada y minuciosa explicación de los derroteros marinos, corrientes marinas y de aire más convenientes y aprovechables por las regiones que el título indica. Señala los fondeaderos mejores de los puertos, precauciones en ciertos bancos o arrecifes, posiciones geográficas y distancias, etcétera. Pertenece esta obra al mismo tiraje de las cartas reseñadas en primer lugar; su clasificación es VK971.E8. Otro caso: Commons, Aurea, *Geohistoria de las divisiones territoriales del estado de Puebla*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Geografía, 1971, 77 p.; sus anexos cartográficos son M0081, M0082, M0083, M0085, M0086, M0087, M0088, y M0105; dicha obra está clasificada en F1326.C5.

Para cualquier asunto relacionado con el boletín Históricas, favor de dirigirse a: Lic. Cristina Carbó, Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, Circuito doctor Mario de la Cueva, Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F. o a los teléfonos: 548-38-09 y 655-13-44 extensión 7721.

Composición tipográfica, formación e impresión:
Percepción y Comunicación S.A. de C.V.,
Benjamín Franklin 101 Local C. Col. Condesa.
México, D.F. 06140

Los hombres hacen su propia historia
pero no la hacen
a su libre arbitrio
bajo circunstancias elegidas por ellos mismos
sino bajo aquellas circunstancias
con que se encuentran inmediatamente,
que existen
y les han sido legadas por el pasado.

Karl Marx